

GEORGIEFF, Guillermina, “El peronismo y sus intelectuales” en Guillermina Georgieff et. al.; coordinado por María Celia Vázquez, *Intervenciones intelectuales en el contexto del peronismo clásico*, Bahía Blanca, Ediuns, 2011. Págs. 27-85

## **El peronismo y sus intelectuales**

### **Textos peronistas y contextos...**

Pareciera haber hoy un cierto consenso en afirmar que la vinculación saber-poder instaurada desde la Modernidad con la figura del “intelectual legislador” decae con el advenimiento de las democracias de masas en el mundo occidental. Como bien señala Bauman, el Estado del siglo XX encontró maneras alternativas para reproducir y fortalecer su poder. La autoridad entendida en términos tradicionales se volvió entonces innecesaria, y la categoría especializada a cargo de su reproducción se tornó prescindible. Si bien las nuevas tecnologías de poder y control necesitan expertos, los “intelectuales-legisladores tradicionales difícilmente reconocerían esa nueva demanda como adaptada a sus calificaciones y ambiciones”.<sup>1</sup>

Dentro de esta descripción somera, se comprende la afirmación de Silvia Sigal cuando refiriéndose al caso argentino señala al advenimiento de la democracia de masas como el inicio del agotamiento del rol que los intelectuales habían ocupado en el diseño de las instituciones.<sup>2</sup> La finalización del armado del estado-nación y la crisis del consenso liberal -que minó la idea de progreso- derribaron las bases de la legitimidad social que los intelectuales se habían conferido hasta ese momento. Habrá pocos intelectuales a quienes desdibujando la frontera entre “intelectuales” y políticos se les reconozca la misión de legislar sobre la sociedad. En el período de entreguerras se estuvo lejos del compromiso entre escritores y Estado que había posibilitado el siglo XIX con la figura del político letrado o el letrado patriota, y también fueron extrañas las figuras del escritor moderno que habían encarnado J. V. González, Lugones o Ingenieros.

---

<sup>1</sup> BAUMAN, Zygmunt. *Legisladores e intérpretes*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, p. 175.

<sup>2</sup> SIGAL, Silvia. *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002, pp. 5-6.

La nueva clase política de los partidos de masas aparta a las élites ilustradas de buena parte de los puestos de poder estatales, aunque los “políticos ilustrados” no fueron excluidos por ello de toda responsabilidad política. En ese contexto de resquebrajamiento de las certezas sobre la eficacia del ordenamiento social liberal, intelectuales católicos, fascistas, aristocráticos, nacionalistas, e igualmente los liberales, proclamaron su derecho a conducir una sociedad desde la autoridad que otorgaba el discurso de la razón contra las pasiones.<sup>3</sup> Esos disímiles discursos culturales tuvieron como horizonte o como espacio de coincidencia la crítica y la preocupación -ya decimonónica- por la multitud. La idea de muchedumbre, de la masa informe, fue la que habilitó -a pesar de su aparente retirada de los espacios estatales- la pervivencia del intelectual como legislador del orden social contemporáneo. Intelectuales temerosos de la revolución social e intelectuales preocupados por la dominación demagógica y fascista de las masas, compartieron la idea de un sujeto social incapaz de pensar clara y racionalmente para tomar decisiones socio-políticas.

Preocupación que indefectiblemente derivó en la pregunta sobre quién las podía guiar o quiénes podían devolver sentido a un ordenamiento social que se percibía como trastocado, o se imaginaba como amenazado, desde que las masas se habían puesto en movimiento y a las que se pensaban manipuladas ya sea política, cultural o espiritualmente. En un punto fue esa preocupación, junto con las críticas al materialismo de la humanidad y al maquinismo, lo que hizo posible el diálogo entre los diversos participantes del XIV Congreso Internacional de los PEN Clubs que se realizó en 1936 en Argentina.<sup>4</sup> Y si bien los intelectuales ligados al nacionalismo y los liberales no pudieron coincidir en lo que refería a la relación entre el campo político y el intelectual, entre los dominios del espíritu y los de la acción, no hubo discusión acerca de la “excepcionalidad de la condición de los escritores frente al universo y de su carácter de guías indiscutibles” (MANZONI, 2005: 18).

Esos discursos claramente se inscribían en una Argentina iniciada desde 1930 en la experiencia de la intromisión del militarismo en los asuntos públicos, hecho político del cual no había salido indemne la relación cultura-política. Momento en el que fue dable observar un “fugaz punto de cruce” entre martinfierristas y bodeístas apoyando a

---

<sup>3</sup> BAUMAN, Z. Op. Cit., pp. 86-88.

<sup>4</sup> MANZONI, Celina. “Cómo se vieron. La autorepresentación de los intelectuales (Buenos Aires, 1936) en *Sesgos, cesuras, métodos. Literatura latinoamericana*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, pp. 13-20.

Uriburu y su “revolución popular”,<sup>5</sup> sin mencionar -por demasiado remanida- la misión del escritor Lugones en dicho proceso. Vemos entonces los primeros momentos de una controversia que será muy remarcada en los próximos años, activada por el contexto político-ideológico del período de entreguerras de enfrentamiento entre fascismo y comunismo; pero situada en la esfera nacional por el primer golpe de estado. Discusión que se dio cuando todo el espacio social y cultural puso en debate los modelos societales y el ejercicio de la autoridad y, más importante aún, la legitimidad de los agentes para discutir dichas problemáticas. No hay que olvidar que también para aquella época Ramón Doll anticipaba los primeros capítulos de una historia de larga duración en nuestro espacio intelectual que fue el de la denuncia de la “traición de los intelectuales” no en clave bendiana sino en una clave que signará la historia intelectual argentina: el divorcio entre las clases ilustradas y el pueblo.<sup>6</sup>

Es en este contexto intenso de debates, reflexiones y autofiguras por parte de las élites intelectuales y dirigentes que hace su aparición el peronismo. Sin entrar en el análisis de las políticas culturales y educativas controversiales, retractadas e inconclusas de los dos primeros gobiernos de Perón,<sup>7</sup> haremos revista de algunas de las ideas expresadas por el líder justicialista respecto al rol de los intelectuales. A manera de contrapunto, daremos espacio a algunas posturas asumidas por distintos intelectuales que adhirieron al movimiento peronista y que se mantuvieron en sus filas hasta la caída del gobierno en 1955, con la intención de empezar a escudriñar en las relaciones entre el peronismo y sus intelectuales.

Cuando uno recorre los discursos de Perón encontramos una serie de ideas-fuerzas que gobiernan su pensamiento sobre el rol que le cabe a las élites ilustradas en el entramado social. La demanda de Perón a los intelectuales tendrá al menos dos registros: uno muy temprano, inscripto en una semántica social ligada a un conjunto de saberes útiles vinculados con el proceso de modernización,<sup>8</sup> y otro más intermitente y

---

<sup>5</sup> Consultar GILMAN, Claudia. “Florida y Boedo: hostilidades y acuerdos” en *Yrigoyen entre Borges y Arlt. 1916-1930*, Buenos Aires, Paradiso, 2006, p. 53.

<sup>6</sup> SVAMPA, Maristella. *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, pp. 178-186. SARLO, Beatriz. *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001, pp. 33-36.

<sup>7</sup> Los textos que se han dedicado a ello son: FIORUCCI, Flavia. “La administración cultural del peronismo. Políticas, intelectuales y Estado”, University of Maryland, Latin American Studies Center, Working Paper N° 20, 2007; CIRIA, Alberto. *Política y cultura popular: la Argentina peronista 1946-1955*, Buenos Aires, Ediciones De La Flor, 1983; PUIGGRÓS, Adriana. *Peronismo: cultura política y educación*, Buenos Aires, Edit. Galerna, 1993.

<sup>8</sup> El estudio de Miguel Dalmaroni *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado* nos ha servido de guía para plantear el problema de la naturaleza de la relación entre

ambiguo en el que Perón interpela a los intelectuales en calidad de forjadores de un ordenamiento simbólico y de los valores fundacionales de una sociedad.

El tipo de saberes involucrados en el primer registro están tramados en una discursividad cientificista y pensados como directamente funcionales el ideograma de la industrialización y los requerimientos modernos de la defensa nacional. En este plano discursivo Perón apela por un lado a la figura del experto y por otro señala el problema entre teoría y praxis. Estas ideas ya están contenidas en un discurso de Perón de año 1944, y se mantendrán con mayor o menor intensidad a lo largo de sus primeros dos gobiernos. Perón -en calidad de Ministro de Guerra- dirige su palabra a los intelectuales en el marco de la inauguración de la Cátedra de Defensa Nacional creada por el Consejo Superior de la recién intervenida Universidad Nacional de La Plata. En esa ocasión Perón vincula la figura de intelectual con tres nociones fundamentales de su ideario: la de “guerra total”, la de “nación en armas” y la “nación-potencia”.

La función de los intelectuales queda enmarcada en una concepción organicista sobre la guerra y la idea de “nación en armas”, en donde el desenvolvimiento armónico de las partes de la sociedad juega un papel estratégico. Perón parte del presupuesto que la guerra es un fenómeno social inevitable; que las naciones pacifistas si quieren la paz deben prepararse para la guerra; y que la defensa nacional de la patria es un problema integral, que involucra no sólo a las fuerza armadas sino al conjunto social pues las guerras contemporáneas son totales<sup>9</sup> De allí deriva la idea de “nación en armas” pues prepararse para la eventualidad de la guerra no era un asunto que competía solamente a los militares sino una cuestión que concernía a la totalidad de un país. Perón invitaba a la intelectualidad a trabajar “cada uno en el aspecto que interesa a sus actividades”. En este registro reclama a un hombre de saber especializado y con entrenamiento académico que produce un conjunto de conocimientos, de saberes útiles al proceso de industrialización y de la modernización de la defensa de la nación: “La formación de reservas instruidas, sobre todo hoy, en que los medios de lucha han experimentado tantos progresos y complicaciones técnicas, requiere un trabajo largo y metódico para que éstas adquieran la madurez y el temple que exige la guerra” (PERÓN, 2001: 546).

---

escritores y Estado. En dicho texto, Dalmaroni señala la complementariedad entre los requerimientos del Estado modernizador y la producción de semánticas sociales por parte de los intelectuales vinculados con dicho Estado. Consultar DALMARONI, Miguel. *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2006.

<sup>9</sup> PERÓN, Juan Domingo. “Significado de la Defensa Nacional desde el punto de vista militar” en *Obras completas*. Tomo VI, Buenos Aires, Docencia S. A. Editorial, 1997, p. 540.

Antes, durante y después de la guerra, todos deben trabajar para evitar los efectos del conflicto que puedan amenazar la constitución del estado y la paz social. En ello deben trabajar los padres en los hogares; los maestros y profesores en las escuelas; las fuerzas armadas en los cuarteles; los gobernantes y los legisladores mediante su obra de gobierno; los intelectuales y pensadores en sus publicaciones; el cine, el teatro y la radio en su obra educadora y publicitaria; elementos todos que constituyen el eje vertebrador del trabajo político fundamental.<sup>10</sup> La relación semántica que establece el discurso de Perón entre la noción de intelectual y las categorías de “guerra total” y “nación en armas” deja privada a la primera de toda función trascendente, y su importancia corre paralela a la de otros sujetos sociales. El militar convoca a los intelectuales a ordenarse en las filas del nuevo proyecto nacional cifrado en el ideologema de “Argentina potencia”. Como es sabido, el discurso fue recibido por varios sectores políticos e intelectuales como un testimonio probatorio de las intenciones fascistas de la revolución del 4 de junio de 1943 y condenado por la mayoría de los universitarios liberales, socialistas y libertarios.<sup>11</sup> Sin embargo, algunos recepcionan positivamente la propuesta de complementariedad entre las armas y el saber en el tramado del nuevo proyecto político, y responden al llamamiento del ministro de guerra que deviene presidente.

Tal es el caso de Carlos Astrada. En agosto de 1947 como director del Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, pronuncia una conferencia en la Escuela de Guerra Naval ante un auditorio de oficiales de la Marina argentina.<sup>12</sup> El texto de Astrada “Sociología de la guerra y filosofía de la paz” se liga al proyecto de Perón de incrementar los niveles de profesionalidad de las instituciones militares, neutralizar el golpismo de las fuerzas armadas y articular la

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, pp. 548-549.

<sup>11</sup> GRACIANO, Osvaldo. *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina 1918-1955*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2008, p. 293.

<sup>12</sup> El escrito del filósofo se edita en la imprenta de la Facultad de Filosofía y Letras, y su carga simbólica es por demás notoria. En un momento capital del compromiso del intelectual con el Estado peronista, como bien señala Guillermo David, el texto constituye una “pieza de excepcional valor” en la historia de las relaciones entre la palabra intelectual y el poder estatal, “es una de las pocas ocasiones históricas en la Argentina en que la sociedad civil... dirige de modo directo, con estilo pedagógico, su mandato de subordinación a un programa pacifista de desarrollo comunitario” Ver DAVID, Guillermo. *Carlos Astrada. La filosofía argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2004, p. 164. Consultar también González, Horacio. Perón, pp. 163-164. DASKAL, Rodrigo. “Carlos Astrada: misión de la filosofía y sociología de la guerra” en GONZÁLEZ, Horacio (Comp.). *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2000.

cuestión militar al proyecto político general de su gobierno.<sup>13</sup> Al igual que en la conferencia de junio de 1944, el problema de la guerra atraviesa el texto asumido como un problema mundial y argentino. Pero no es la intromisión del discurso militar en el espacio académico sino el discurso de la filosofía de la universidad pública irrumpiendo en la institución militar. En sintonía con el Perón de 1944, Astrada en 1947 afirma que la búsqueda de la paz perpetua requiere de los “aprestos de guerra”; una vez más, la idea de una guerra total que alcanza a la nación toda y un programa de política interna para una comunidad pacifista que ha “cifrado su ideal ético y jurídico en la paz interna” sobre la base de la justicia social.” (ASTRADA, 1948: 19). Astrada, como filósofo de estado, aparece entonces como contradictor de un imaginario y un discurso predominante en las fuerzas armadas y en algunos sectores de la sociedad que ligaban el heroísmo con las virtudes físicas:

... si el heroísmo humano no tiene su origen en la guerra tampoco puede dejar él de florecer cuando ésta haya desaparecido. No está dicho que el héroe militar sea el más alto modelo para el hombre. Hay otras formas de heroísmo, otras vidas heroicas que se imponen a éste y solicitan su admiración y hasta su amor con suprema ejemplaridad. Por ejemplo, tenemos así... el genio del corazón... que es una acabada expresión de heroísmo humano. Asimismo el área de influjo del genio es más vasta que la del héroe. Esto lo reconoce un estadista guerrero de la talla de Federico el Grande, prístina encarnación del temperamento militar, cuando, en carta a Voltaire, escribe: “El nombre de Aristóteles es mencionado más a menudo en las escuelas que el de Alejandro ... En consecuencia, cuando maestros de la estirpe humana como Vd. aspiran a la gloria, su expectativa va a ser cumplida, mientras nosotros nos vemos a menudo defraudados en nuestras esperanzas porque sólo trabajamos para nuestros contemporáneos, en tanto que ustedes lo hacen para todas las épocas. (ASTRADA, 1948: 23)

Esta vez tenemos un intelectual convocando a los militares a ordenarse en el proyecto de la “Argentina potencia”. La dinámica que lleva del discurso del general al del filósofo es evidente en un horizonte conceptual decodificado por las claves del nuevo ideario peronista, pues si bien la formación conceptual del discurso astradiano es diversa de la de Perón, su emergencia es impensable sin el tríptico “proyecto político-política de defensa-profesionalización militar” ideado por el primero. A pesar de ello podemos descubrir líneas de resistencia que recorren el discurso del filósofo, donde lo primero que salta a la vista es el desplazamiento conceptual producido respecto a la

---

<sup>13</sup> LÓPEZ, Ernesto. *El primer Perón. El militar antes que el político*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2009, p. 102.

figura y la función del intelectual. En este discurso el intelectual no es uno más entre los otros sujetos sociales sino que Astrada postula un orden jerárquico en la misión que le cabe al pensador, lo inviste de una autoridad, al discutir los alcances de la noción de heroísmo que el discurso de Perón les había privado. La cita de Federico II es por demás sugestiva, pues además de militar, el prusiano era ante todo un estadista.

Dijimos que la otra preocupación constante en el pensamiento de Perón es la ruptura o la continuidad entre el hacer y el pensar, entre la teoría y la práctica:

“El fin que persiga la ciencia ha de encaminarse hacia el bienestar social. Es muy interesante que las conquistas de la ciencia lleven el beneficio a una o a unas determinadas personas; pero es mucho más importante que se beneficien todas ellas. Entre un arquitecto que sepa construir un hermoso rascacielos y otro que ponga sus conocimientos al servicio de la solución del problema social de la vivienda que agobia al mundo, es éste mucho más útil que aquél. (PERÓN, 1998: 492)

Estas ideas trazan los lineamientos que dan forma a la legislación peronista en torno a las academias científicas y culturales. Como es sabido, en 1949 se presentó en el Congreso una ley que reordenaba el funcionamiento de las academias científicas nacionales. En el debate para su sanción se destacó como voz oficial el alegato realizado por J. W. Cooke.<sup>14</sup> El diputado peronista emerge como una bisagra entre la figura del intelectual comprometido con la revolución y la del político ilustrado. Si bien intelectual, su trayectoria política es la que lo eleva a la palestra y le permite alcanzar una dimensión pública. Político controvertido en las filas del gobierno peronista, para el tiempo que hace un encendido alegato a favor de la política de intervención de las academias ya había tenido sus primeros escauceos con la administración peronista. Sin embargo, defiende fervorosamente esa nueva forma de pensar la relación entre cultura y poder que proyecta el gobierno. Respondiendo a las críticas públicas sobre la persecución de intelectuales y artistas por parte del Estado, Cooke afirma que es un convencimiento del gobierno que la cultura no debe ser sacrificada en nombre del Estado y tampoco la situación inversa. Pero advierte que lo primero a considerar sobre el problema son los cambios producidos en el estado y en la sociedad, que conllevan necesariamente a una modificación de todas sus estructuras y a pensar de nuevo las relaciones entre el gobierno y el campo cultural. Reconoce que el Estado se ha desatendido de la cultura pero hace notar que la cultura se ha desentendido de los

---

<sup>14</sup> COOKE, John William. *Acción parlamentaria*, Buenos Aires, Colihue, 2007, pp. 392-396.

problemas argentinos y de los problemas del Estado, adoptando los dirigentes culturales “una posición de diletantismo de buen tono, divorciado de la realidad argentina”.

Cooke invita a deponer la figura del “escritor diletante” por la del “escritor patriota”. En aras de revertir esa situación es que el gobierno había decidido intervenir las academias e introducir “un hábito de vida, que, por encima de los méritos que puedan tener, buena falta les hace”. Cooke pide a la intelectualidad que esté a la altura de lo que demanda la hora, pues cree que los pueblos funcionan como una totalidad orgánica, donde el impulso revolucionario lo dan las masas, impulso necesario para la creación:

Nosotros no entendemos por ejemplo, a esos académicos que, frente al proceso económico tremendo de la entrega del país, se entretuvieron estudiando “economía matemática” y se olvidaron que la economía política... Nosotros repudiamos también a esos intelectuales, que solamente se dedicaron a copiar más o menos con éxito las producciones intelectuales de Francia o de algún otro país de moda. Entendemos que el país no es lo que esos académicos han creído en algún momento, un ámbito ideal de desarrollos racionales, sino que, por el contrario, creemos que la cultura también es vivencia, es también pueblo. (COOKE, 2007: 394)

¿Qué es lo que se produce? Por un lado, un desplazamiento de la autoridad desde las minorías para regir a las mayorías al impulso creador de las masas -Estado mediante- a las que los intelectuales se deben subordinar. El concepto de compromiso de Cooke tiene como principal componente una ética con lo nacional y popular. Se invierte la idea de representación. El intelectual nacionalista encuentra en la medida del gobierno un aliado para detener el mal de la literatura divorciada del pueblo, retórica que empezaba a contar con un marco de difusión bastante amplio. Una vez más la voz oficial -no del estadista sino la del político con compromiso intelectual- hace pública la preocupación por la función social de la cultura y los deberes del intelectual que trabaja en la órbita del Estado:

Para nosotros el fin de la comunidad no es una obra aislada, una estatua o un libro olvidado en alguna biblioteca de academia. Nosotros admitimos la posibilidad de que haya quienes se dediquen a cualquier tipo de actividad intelectual, pero creemos que el hombre que tenga un puesto en una academia nacional protegida y mantenida por el Estado debe devolverle al Estado parte de los beneficios que de él recibe. Que sus esfuerzos, sus estudios, su producción, su labor científica de cada día, son formas de revertir al pueblo lo que el pueblo ha hecho por él [...] las academias privadas que hagan lo que quieran; las academias oficiales podrán tener la autonomía que consagra nuestra Constitución. (COOKE, 2007: 395-6)



Está ya despejado cuál es el pensamiento oficial sobre las responsabilidades del Estado con la élite ilustrada. Plena libertad fuera del espacio estatal. Subordinación para quien dependa del Estado. Si en los primeros años la postura del gobierno peronista fue que el Estado oficiara como la instancia de articulación de los distintos intereses en conflicto dentro del campo intelectual y pedía la consagración de las academias a los “intereses de la Patria”, en un segundo momento resignifica el vínculo Estado-campo del saber e intima a la subordinación a los lineamientos del Estado. Por cierto, esto volverá a dividir aguas entre el gobierno y el mundo del saber, incluso con algunos intelectuales que apoyaron el peronismo pero rechazaron de plano la idea de que el ámbito cultural pudiera ser materia de intervención de las políticas estatales.<sup>15</sup>

Dijimos que el segundo registro de la demanda de Perón a las élites ilustradas fue aquel vinculado con la construcción de un imaginario social acorde a su proyecto político, a la institución de un sistema de valores que fundara y legitimara la idea de la “Argentina potencia”. Aunque de manera más intermitente, aparece el Estado peronista solicitando a los intelectuales una nueva narrativa de la nación modelada desde sus principios doctrinarios. En este requerimiento hay dos conflictos que recorrerán todo el período: las disputas al interior del movimiento por la elección de una tradición<sup>16</sup> para el proyecto de gobierno, que se tradujo fundamentalmente en una tensión entre hispanismo y modernización; y la discusión acerca de quién era el agente cuya acción paradigmática constituía el “motor de la historia”, o si se quiere, cuál era el sujeto social cuya acción estaba orientada por el móvil ético de construir un mundo mejor.<sup>17</sup>

En el discurso del 14 de noviembre de 1947, dado en ocasión de su nombramiento como doctor honoris causa, Perón traza un mapa en donde ubica el proyecto cultural que pretende y también en qué constelación ideológica piensa para los intelectuales.

... he de afirmar con tristeza que buena parte del legado cultural que recibimos de España lo hemos olvidado o lo hemos trocado por advenedizos escarceos, introducidos a la par por los potentados, que

---

<sup>15</sup> Tal el caso de Iburguren, quien renuncia a la presidencia de la Academia Argentina de Letras a causa de esta ley.

<sup>16</sup> Utilizamos el término en la acepción de *tradición selectiva* acuñada por R. Williams. Ver WILLIAMS, Raymond. *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009, pp. 158-174

<sup>17</sup> Para una definición de la figura de héroe recurrimos a la obra de BAUZÁ, Hugo. *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, pp. 3-8. también consultar SCHELER, Max. *El santo, el genio, el héroe*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1961; CARLYLE, Tomas. *Los héroes. Culto a los héroes. Lo heroico en la historia*, Buenos Aires, Librería Perlado Editores, 1941.

dilapidaban sus fortunas en ciudades alegres y cosmopolitas y regresaban cantando loas a su propia disipación, y por los vencidos de los bajos fondos de cualquier parte del mundo, que llegados a nuestras playas y a fuerza del número y por obra del contacto directo y constante con nuestro pueblo, lograban infiltrarle un indefinible sentido de repudio de las manifestaciones espontáneas de todo lo tradicional hispano-criollo. Así la literatura, la ciencia, el derecho, la filosofía, el arte, han adquirido formas híbridas, difusas y apagadas; siendo cada día menor el sentido de grandeza y el afán ascensional que ha de animar las verdaderas creaciones del espíritu, para que alcancen realmente atributos de universalidad y perennidad. (PERÓN, 1998: 497)

La misión de los intelectuales es, por tanto, la de forjar una cultura nacional que breve en las raíces hispanas. Para Perón el liberalismo y el comunismo no son un problema ideológico-político sino también un problema cultural. O si se nos permite, Perón “culturaliza” la cuestión político-social traduciendo en términos culturales los conflictos políticos: el cosmopolitismo refractario de los “tradicional-criollo”. Perón, ante un auditorio claramente partidario, les otorga discursivamente a los intelectuales un lugar que no se registra en los otros textos. A diferencia de la conferencia dada en 1944, los intelectuales no contribuyen como un agente social más a la unidad nacional y el engrandecimiento del país en los marcos de la utopía de la “Nueva Argentina” sino que se les reserva el rol de ser la minoría que hará trascender la revolución peronista y al país a través de una nueva cultura que alcanzará dimensiones universales.<sup>18</sup>

En ese mismo año se cumple el IV centenario del nacimiento de Cervantes y Perón conmemora la efeméride en la Academia Argentina de Letras. Proclama el sentido hispanista, católico y de homenaje a la “herencia española”, a la “raza latina” y a la “cultura occidental” que encuadra el recuerdo de Cervantes.<sup>19</sup> Afirma entonces que

---

<sup>18</sup> PERÓN, Juan Domingo. “Al ser nombrado doctor honoris causa por su obra a favor de la cultura nacional” en *Obras completas*. Tomo IX, Vol. II, Buenos Aires, Docencia S. A. Editorial, 1998, p. 499.

<sup>19</sup> PERÓN, Juan Domingo. “En la Academia Argentina de Letras, en homenaje a Cervantes y conmemorando el Día de la Raza” en *Obras completas*. Tomo IX, Vol. II, Buenos Aires, Docencia S. A. Editorial, 1998, p. 409. Casi a contramano del sentido de la recuperación de Perón, Astrada también recordará a Cervantes en su IV Centenario con su trabajo “Proyección histórica y mítica de Don Quijote”. En el marco del homenaje realizado en la Facultad de Filosofía y Letras, el filósofo propone una indagación del personaje a partir de su carácter de símbolo, símbolo que ganó proyección histórica y universal. Astrada señala que la intención de Cervantes es demostrar que la suerte que corre la empresa del Quijote se debe a su llegar a destiempo con “relación al estado de conciencia colectivo y a la tarea de la época” y al intento de “reiterar en vano la culminación de una hora ya pasada”. La Modernidad es la que posibilita, en la obra, que Don Quijote se libre de su encantamiento. Pero transformado en símbolo y en mito, Quijote ha servido de amparo a los más variados proyectos políticos regresivos y románticos, impugnadores de la ciencia y la técnica, muchos de los cuales Astrada cree encontrar en aquellos que se amparan en el mito del origen hispánico como resolución de la crisis espiritual y moral contemporánea: “... nada tenemos que hacer con España, y rechazamos, por baldío, su ridícula pretensión de ejercer una hegemonía histórica y menos cultural sobre nuestros pueblos. Nos interesa, sí, la dirección en que se mece la cuna de un mito capaz de espolear el esfuerzo enderezado a realizaciones argentinas”. Según Astrada,

“Comprender esta imposición del destino es el primordial deber de aquellos a quienes la voluntad pública o el prestigio de sus labores intelectuales les habilita para influir en el proceso mental de las muchedumbres.” (PERÓN, 1998: 412) Perón invita a los intelectuales a construir un marco moral e ideológico bajo estas consignas.

Pero Perón no puede recuperar el hispanismo a secas. ¿Qué lee entonces en el Quijote? Lo primero que remarca es el sesgo popular de la escritura de la obra<sup>20</sup> y el protagonismo primero del pueblo en la forja de la nación, cuyo heroísmo emula el de los soldados: “lo hace con generosidad de Quijote, ya desde el anónimo y oscuro foso de una trinchera o asumiendo en defensa de sus ideales el papel de primer protagonista en el escenario turbulento de las calles de una ciudad.” (PERÓN, 1998: 412).

El otro tópico en que se detiene su lectura es el de la afirmación de la complementariedad de fines de las letras y de las armas, de la pluma y de la espada:

“Quiero detenerme ... en el inmortal discurso de las Armas y las letras. Cuando el 10 de julio de 1944 cúpome la honra de inaugurar la cátedra de Defensa Nacional en la Universidad de La Plata, me propuse destacar el sutil enlace que existe entre la inteligencia y las armas... Aquel pensamiento cervantino, disgustó a algunas inteligencias que se proclaman fieles a Cervantes. Sin embargo, el inmortal complutense aboga por la principalísima importancia que tiene el espíritu en el ejercicio de las armas, impugnando a quienes sostienen lo contrario. [...] En el Discurso, Cervantes proporciona la imagen del héroe, en el gesto perenne de la heroicidad: esa plenitud de lo corporal y lo espiritual... En el héroe cervantino está sumergido y latente el ideal hispánico en el que se abre la flor de la caballería y se amasan los héroes y los santos. (PERÓN, 2: 415-416)

Perón no cita a los intelectuales como los sujetos capaces de dar “suministro espiritual imprescindible” a los hombres de acción o al jefe de Estado. A Perón le preocupa el logro de una acción concertada en un contexto democrático y apela al clero secular para su logro. Pero ¿quién detenta el derecho de persuadir y sugerir en un proceso democrático? Seguramente en otro tiempo habría sido la élite ilustrada, pero Perón parte de un diagnóstico en el que las élites tradicionales han perdido la capacidad de ver y profetizar y están privadas de la facultad de la prognosis: “No comprendían que

---

Don Quijote reencarnará trasmutado en ideal de justicia, en mito viviente, sobre todo para los pueblos americanos, en la medida en que potencie nuevos ordenamientos políticos y tecnológicos. Si es evidente la intervención de Astrada en el debate político-cultural del momento entablado entre quienes tratan de dar al peronismo un sentido hispanista y católico y los sectores modernizadores entre los que se encuentra Astrada; queda la inquietud de pensar hasta dónde su discurso no polemiza de manera soterrada con el propio discurso de Perón y la tradición que recupera para el peronismo... Ver ASTRADA, Carlos. *Tierra y figura. Y otros escritos*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2007, pp. 111-126.

<sup>20</sup> PERÓN, Juan Domingo. “En la Academia Argentina de Letras, en homenaje a Cervantes y conmemorando el Día de la Raza” p. 413.

todo un sistema se había roto, y que lo viril, por consecuencia, era enfrentar los hechos nuevos y los problemas que iban apareciendo y darles solución.” (PERÓN, 1998: 422). Es Perón quien transgrede los límites de los tiempos que se viven, que se eleva por encima del *statu quo* convirtiéndose en artífice de una nueva manera de pensar el ordenamiento social. La verdadera actitud heroica -“lo viril”- reside en el poder superar los límites establecidos y salirse del marco socio-cultural imperante. Por eso, Perón cree que es él el que debe persuadir y sugerir a las élites ilustradas y no a la inversa.

Alrededor de 1950 quedó claro para el gobierno peronista la imposibilidad de ganar adeptos en los sectores relevantes del campo cultural. Su preocupación se desplaza de pensar qué lugar ocupaban los hombres de saber en el tramado de la nación a qué rol debían jugar los intelectuales peronistas en el movimiento. Son los tiempos de la Escuela Superior Peronista. Tal vez la mejor síntesis del lugar que le depara a los intelectuales enrolados en sus filas sean estas palabras: “En esta revolución hay que hacer un poco así: primero, ir, y después ya vamos a ver los medios que van a explicar.... Para el primer momento necesitamos conductores; hombres de acción; para la segunda tarea se necesitan predicadores... para convencer por la persuasión” (PERÓN, 1950: 6-7). Veamos entonces el derrotero de dos de ellos: Leopoldo Marechal Y Juan José Hernández Arregui.

## **Leopoldo Marechal: entre el clero secular y la militancia justicialista.**

### **La misión del escritor.**

La formación del discurso marechaliano sobre la figura del intelectual tiene una cronología más basta que la que remite a sus años nacionalistas. Algunos han adivinado ya en sus primeros tiempos de poeta una concepción “huguesa” del artista, de un individuo iluminado que adoctrina y guía al pueblo,<sup>21</sup> el que ve más allá de lo dado, lo que vendrá, el que puede pensar y delinear la utopía y construir la realidad.<sup>22</sup> Si para algunos esa imagen queda cristalizada en el arquetipo del poeta como alfarero, otros la piensan como la del exiliado obligado a vivir fuera de lo dado, por ver lo que otros no

---

<sup>21</sup> ROMANO, Eduardo. “La poesía de Leopoldo Marechal y lo poético en Adán Buenosayres” en *Adán Buenosayres*, Edición crítica coordinada por Jorge Lafforgue y Fernando Colla, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 618-653.

<sup>22</sup> BUENO, Mónica. “Leopoldo Marechal: el poeta de la patria futura” en *Espacios de crítica y producción*, Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires, N° 27/28, Octubre-Noviembre de 2001, pp. 62-68.

pueden. El deber del escritor es intentar otros relatos de identidad, otras maneras de pensar la patria, liberadas del tutelaje de las preceptivas del nacionalismo del Centenario. Imaginar y escribir una patria desde la tierra y los nuevos tiempos. El poeta se debe al diseño de un espacio a veces mitológico, las más de las veces utópico, que llama “patria” y a la que da existencia a través de su representación en la escritura.<sup>23</sup>

Si esas ideas son posibles de entrever en la producción de su época martinfierrista, veremos que tendrán continuidad en los distintos avatares de la vida del escritor. Incorporado a los Cursos de Cultura Católica desde 1931, Marechal queda inscripto en un nuevo espacio ideológico y cultural, el del nacionalismo católico, inscripción que no lo excluye de participar del los liberales, especialmente el diario *La Nación* y la revista *Sur*. Es en el primero donde en diciembre de 1934 Marechal firma un artículo titulado “Aristófanes contra el demagogo”. En él ensaya algunos comentarios sobre la comedia del dramaturgo griego titulada *Los caballeros*. Comienza afirmando que figura del demagogo hizo su aparición en la historia en casi todos los pueblos del Occidente, aparición que, consideraba, no había sido caprichosa. Su advenimiento se explicaba por la consumación de la decadencia política que se había iniciado con el primer quebrantamiento del orden tradicional: “será razonable admitir la necesidad de su llegada, porque, a falta de una cabeza legítima, el cuerpo desvalido necesitará erigir otra cualquiera sobre sus hombros. Y aquí el demagogo... desarrolla su juego, el cual no es otro que el de hacerse pasar por la cabeza necesaria” (MARECHAL, 1998B: 253). A esta constatación, al parecer histórica, suma las conclusiones que se pueden extraer de la lectura de la comedia de Aristófanes: que hay dos razas de demagogos, la buena y la mala. Para el mal demagogo, la política es el arte de conquistar el poder y de conservarlo en beneficio propio, mientras que para el buen demagogo, la política “entra en el orden universal del amor y la define como arte de ejercer amorosamente el poder adquirido” (MARECHAL, 1998: 254).

¿Qué nos interesa de este artículo? El mapa social que establece Marechal, donde se ve la retórica de su autofiguración como intelectual. Marechal analiza, una por una, la figuras de la comedia: los caballeros, símbolo de la aristocracia tradicional y del poder militar, despojados de su autoridad por el demagogo; los demagogos, caricaturizados grotescamente en su ilegitimidad ; el pueblo, que en sus palabras es un “amo rudo, voraz, irascible” que le agrada ser adulado y engañado pues “en cuanto

---

<sup>23</sup> BUENO, Mónica. Op. Cit., p. 65.

habla un orador, te quedas con la boca abierta y pierdes hasta el sentido común” (MARECHAL, 1998B: 256). Sin embargo, Marechal a través de Aristófanes, acusa al pueblo de no oír. ¿A quién no escucha el pueblo? A Aristófanes, al poeta. Es en él, en el escritor, donde Marechal deposita la virtud del heroísmo, y del saber verdadero sobre el orden social y la legitimidad del poder:

Aristófanes, al atacarlo públicamente, dio muestras de un valor admirable: tan poderoso era Cleón en Atenas que los fabricantes de máscaras se negaron a modelar la suya; ningún actor de la época quiso decir el papel de Cleón, y Aristófanes en persona tuvo que salir a la escena y decirlo, sin máscara ni disfraz alguno, rasgo de audacia que le valió las aclamaciones de la muchedumbre. Desgraciadamente las enseñanzas de su obra cayeron en el vacío, y esa multitud que aplaudiera sus versos mordaces siguió levantando a Cleón sobre las nubes ... (MARECHAL, 1998B: 256)

Tensión explícita entre el escritor y el demos. Pero, asimismo, otra implícita entre saber y política. La lectura de Aristófanes habilita a poner en debate el lugar del poeta actual, el sino del escritor contemporáneo reactualiza la suerte del poeta griego. Lo que subyace a la acusación y al lamento de Marechal sobre el destino de la obra de Aristófanes es la conciencia de que el poeta ha perdido el papel protagonista que tuvo en un pasado remoto, tiempo en el que el poeta habría sido legislador de la sociedad y fundador de los valores civilizatorios. Marechal, no obstante, afirma su fe en la capacidad de los escritores y los artistas para salvar el orden social amenazado por los factores disolventes inherentes al ejercicio de una democracia de masas.

Estas ideas recorrerán el pensamiento de Marechal al menos hasta iniciados los años cuarenta.<sup>24</sup> La claudicación de las minorías ante la presión pulsional de la plebe es lo que caracteriza los tiempos modernos. Si esta urgencia ha ganado al campo político, también es dable observar en las élites intelectuales, las cuales han renunciado a sus deberes clásicos: alcanzar la intelección de los principios inmutables de toda conducta humana, y respetar los principios de diferencia y jerarquía que hay en toda sociedad. La Verdad sometida a la Doxa, los valores eternos subsumidos a los avatares de lo contingente son las reglas del juego moderno.

---

<sup>24</sup> MARECHAL, Leopoldo. “Sobre la inteligencia argentina” en *Nueva Política*, Buenos Aires, 4 de septiembre de 1941. Extraído de MARECHAL, Leopoldo. *Obras completas*. Tomo V, pp. 313-319.

Ese estado de cosas era tal vez de lo que pretendía advertir cuando dio su conferencia “El poeta y la República de Platón”.<sup>25</sup> Allí Marechal pone en consideración el juicio que hace Platón de los poetas al excluirlos de la Ciudad Terrestre de la República, y advierte sobre los peligros que corre el poeta al desoír su vocación y al hacer un uso ilegítimo de su arte: es dable esperar que el filósofo Platón recele de los poetas que hacen pasar por verdad su opinión poética. O que el político Platón quiera expulsarlo de su Ciudad si se le da por negar el orden en el que vive, y pretende inventar uno nuevo, promoviendo la destrucción del vigente. El político tendrá razón en deportarlo de la Ciudad pero un acto prudente y sabio, para Marechal, sería no desterrarlo sino encerrarlo en su Torre de Marfil. Pues hay algo del personaje que el poder terrenal no puede tocar. “Continuador de la Creación Divina”, la misión del poeta es:

Si os creéis afirmados en la tierra, él os llamará de pronto a vuestro destino de viajeros; si descansáis en el gusto efímero de cada día, él os recordará el “sabor eterno” a que estáis prometidos; si permanecéis inmóviles, él os dará sus alas; si no tenéis el don del canto, él os hará partícipes del suyo, de modo tal que no sabréis al fin si lo que se alza es la música del poeta o es vuestra propia música. Hablando por todos y con todos los que no hablan, el poeta se hace al fin la voz de su pueblo: los pueblos se reconocen y hablan en la voz de sus poetas. He ahí porqué decía yo recién que el poeta tiene razón contra el filósofo de la República. (MARECHAL, 1998B: 286)

Marechal trata de resaltar el papel del poeta mediante el contraste con las figuras a las que tradicionalmente se les han atribuido mayor importancia social -incluso la del filósofo y político que encarna el mismo Platón-, de allí su advertencia. Al referirse a la competencia que tiene el poeta en el mundo absoluto de la creación, de igual gesto que la divinidad, lo que intenta Marechal es remarcar que en la obra y en la figura del poeta hay un carácter trascendente que de alguna manera lo exime de los juicios terrestres. A propósito de esta idea, en su análisis de la figura del escritor en el *Adán Buenosayres*, María Teresa Gramuglio ha señalado que la exaltación marechaliana del poeta excede los postulados básicos aristotélicos y tomistas y revela otra línea de su filiación, la tradición recogida y potenciada por los románticos, que elabora un concepto desmesurado sobre la figura del poeta, señalándole un lugar junto a la divinidad y promoviendo un nuevo sacerdocio en el mundo del espíritu.<sup>26</sup>

---

<sup>25</sup> “El poeta y la República de Platón” en *Obras completas*. Tomo V, pp. 285-281.

<sup>26</sup> GRAMUGLIO, María Teresa. “Retrato del escritor como martinfierrista muerto” en *Adán Buenosayres*, Edición crítica coordinada por Jorge Lafforgue y Fernando Colla, p. 783.

Romántica pero también cristiana parece ser otra de las ideas que se desprenden de esta conferencia, cual es la del poeta como portavoz del pueblo. El poeta aspira a cierto grado de comunión con el pueblo (retomando la vieja idea romántico-nacionalista de cuño herderiano: el poeta como “voz del pueblo”) y este es el sentido del hablar “por todos y con todos los que no hablan”. El poeta es la voz amplificada y cualificada del pueblo –también su conciencia crítica–, su más conspicuo representante. Como veremos, estos son los primeros antecedentes dispersos de una idea que será sistematizada cuando el poeta devenga peronista.

Si el tópico del discurso intelectual que discute al político la legitimidad para legislar sobre las razones últimas del ordenamiento social es un primer registro que encontramos en los textos de Marechal, un segundo registro que recorre sus textos, como un hilo de Ariadna, es el de la querrela con sus pares de cómo se debe entender la relación cultura-política. En mayo de 1935 Marechal publica en el diario *La Nación* “Legalidad e ilegalidad de la crítica del arte”. En él reaccionaba tanto contra los que defendían los derechos del arte por el arte como también frente a aquellos que exigían que la escritura literaria se subordinara a fines políticos o ideológicos:<sup>27</sup>

La obra de arte (o lo que como tal ofrece a la consideración pública) sólo admite una crítica valedera: ya el asentimiento, ya la reprobación de los hombres capaces de juzgarla, no de cualquier modo, sino en su carácter específico, vale decir en la razón suficiente que le da vida y condiciones su realidad: en su belleza.(MARECHAL, 1998B: 268)

Cuatro meses después, aunque esta vez en el espacio que le da la revista *Sur*, volverá a repetir los mismos argumentos para defender a *Don Segundo Sombra* de las recepciones críticas que resaltaban la inautenticidad del gaucho retratado en él. Aunque a decir verdad, la lucha de Marechal había comenzado diez años antes, cuando aún militaba en las filas del martinfierrismo.<sup>28</sup> Lo que más preocupa a Marechal es la crítica que él denomina “socializante”. En las antípodas de la “literatura social”, Marechal piensa que si el arte puede trascender su órbita natural, es en sentido ascendente: “esa virtud trascendente de lo bello es la que sin duda, origina el servicio tradicional reclamado al arte por lo religioso y lo metafísico... lo que una religión o una metafísica

---

<sup>27</sup> Ver “Don Segundo Sombra y el ejercicio ilegal de la crítica” en *Sur*, Buenos Aires, a. V, n° 12, septiembre de 1935, pp. 76-80; y “Legalidad e ilegalidad de la crítica del arte” en *La Nación*, Buenos Aires, 19 de mayo de 1935, pp. 1-3.

<sup>28</sup> Ver MARECHAL, Leopoldo. “El gaucho y la nueva literatura rioplatense” (1926) en *Obras completas*, Tomo V, pp. 235-236.



le pide al arte es que sus obras, además de ser bellas, oficien como “soportes” de una verdad trascendente”. (MARECHAL, 1998A: 527). Por ello la misión del verdadero intelectual es restituir esos principios que definen una actitud clásica, perdidos por la inversión del orden que produjo en Occidente la Modernidad. Sólo en ese marco es posible la libertad del escritor, puesto que el arte al servicio de una actividad que lo supera en jerarquía continúa siendo libre. El artista pierde su libertad, en cambio, si presta servicio a planos de actividad inferiores al suyo (como lo son el de lo político, lo social y lo económico).

Marechal denuncia lo que ha sido la traición de la inteligencia argentina que ha sido ganada por el “sentimentalismo romántico”, es decir, por la tiranía de la opinión individual, la mística de la voluntad, lo intuitivo y pulsional. Vale para Marechal, lo que ha referido M. Walzer respecto a Julien Benda: su Galia se divide en dos: un reino ideal, habitado por verdaderos intelectuales, ascéticamente consagrados al estudio desinteresado de la ciencia y a la creación artística; y un reino de la realidad, cercano e inmediato, habitados por laicos, cuya función consiste en la prosecución de intereses personales. Es en este punto donde las coincidencias de Marechal con algunos de los escritores de la revista *Sur* son por cierto evidentes, en especial con la “moral literaria” encarnada por Mallea o por Victoria Ocampo, cifrada en la independencia política, el compromiso espiritual y la libertad creadora del escritor.<sup>29</sup> En su horizonte de interpretación del rol del intelectual Marechal se emparenta con el ideal bendiano, el de aquellos *clercs* cuya función no es política ni sociológica sino trascendente y de orden moral.<sup>30</sup> Su concepción sobre el rol del intelectual también es deudora del influjo del personalismo J. Maritain. Como ha señalado Judith Podlubne, tanto Benda como Maritain -a pesar de sus diferencias- participaron del “modelo normativo del intelectual verdadero” que inaugura el manifiesto contra la “traición de los *clercs*”. La libertad del escritor, si bien legitimada desde sistemas de valores disímiles, es definida a partir de una misma diagnosis: ambos invocan “un orden supremo e inmutable que opera como fundamento esencial de una humanidad amenazada por el progreso acelerado de la masificación de la cultura” (PODLUBNE, 2008: 34-35).<sup>31</sup>

---

<sup>29</sup> Esto ha sido analizado exhaustivamente por Judith Podlubne en su tesis doctoral. Por no poder darle el espacio necesario al debate en la revista, recomendamos la lectura de PODLUBNE, Judith. “Escritores de *Sur*. El debate literario en la revista y su incidencia en los comienzos de José Binaco y Silvina Ocampo”, Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2008.

<sup>30</sup> ALTAMIRANO, Carlos. *Intelectuales. Notas de investigación*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2006, pp. 32-33.

<sup>31</sup> PODLUBNE, Judith, ob. cit., pp. 34-35.

Lejos de pensarse en una actitud esteticista, más distante aún de suscribir a los imperios de lo político-partidario, en la poética y en la ensayística de Marechal existe una relación entre la poesía, la moral y la búsqueda de la verdad que empuja al escritor al compromiso. Debe haber, según su doctrina, una estrecha relación entre el poeta y la ética, entre la poesía y el contenido moral. Como su amigo Mallea, el poeta puede ver lo que los otros no ven y eso le impone un deber: la defensa de los valores universales y el ejercicio profético. Nuevamente aparece el imperativo de proyectar la patria, y la esperanza depositada en la figura del “escritor agonista” de Mallea.<sup>32</sup> En carta abierta a este último, a propósito de la lectura de su *Historia de una pasión argentina*, Marechal señala:

Tu historia es la historia de un alma, y por lo tanto es la historia de un despertar; como la mía; como la de todos los despiertos. [...] Lo que podemos afirmar en el lenguaje directo es que nuestra argentina irá levantándose a medida que crezca el número de los despiertos, entre los dormidos, y el de los “sobrios”, entre los “ebrios”.  
¿Haremos un país a nuestra imagen y semejanza? Entonces, a esta Argentina que nos rodea, le exigiremos lo que nos hemos exigido a nosotros mismos... (MARECHAL, 1998 B: 290-291)

Coincide con el escritor de *Sur* en que la obra literaria es una proyección de las cualidades humanas y espirituales del autor. La clarividencia, la capacidad expresiva, una ética del deber y el ascetismo de aquellos que tienen en la figura del santo y del héroe sus modelos, confieren una implicancia social superior al escritor en referencia a otros sujetos de las minorías dirigentes. Esa especial vinculación entre escritura y verdad trascendente se encuentra en la base del concepto de responsabilidad del poeta, y es la causa fundamental por la que el mismo se ve obligado a comprometerse. Si bien para Marechal una élite creadora no se debe a la política sino al arte, sólo es fecunda si con su actividad trasciende a los otros y estéril si permanece aislada en su torre de marfil.

### **El poeta peronista.**

Como es conocido por todos, y por boca de su protagonista, Marechal se sumó el 17 de octubre de 1945 a la marcha que culminó en la Plaza de Mayo. Previamente la revolución del 43 lo había encontrado trabajando como docente y como integrante de la

---

<sup>32</sup> Para el análisis de la figura del escritor en Mallea remitimos al texto ya citado de J. PODLUBNE.

de la Comisión Nacional de la Tradición y el Folklore, cargo del que fue despedido por el movimiento revolucionario de 1943. Inmediatamente después, sin embargo, comienza su carrera de funcionario de la revolución y, posteriormente, del gobierno peronista. Primero fue Presidente del Consejo General de Educación de la provincia de Santa Fe. En 1944 es llamado para trabajar en la Dirección Nacional de Cultura y de allí en más desarrollará sus actividades bajo la jurisdicción de la recién creada Secretaría de Cultura. Llega entonces el 17 de octubre y comienza su actuación en las filas del peronismo:

Desde luego, no soy un hombre de “acción”, sino de contemplación y meditación. Por consiguiente, no tenía condiciones de político “militante”. Decidí entonces, con mis hechos y palabras, declarar públicamente mi adhesión al movimiento, y respaldarla con mi prestigio intelectual, que era mucho en el país. [...] Mi segunda función revolucionaria consistió en intervenir cuando pude o me lo solicitaron en la formulación teórica del peronismo, que actuó primero y concretó después su doctrina, y en la defensa y divulgación de sus postulados. Porque una revolución que no defiende y enseña su doctrina comete un acto de suicidio. Resuelto Perón a llegar al poder sólo mediante el sufragio popular, fue necesario trabajar en pro de su candidatura y entonces formé parte del Comité Pro candidatura del Coronel Perón. [...] Yo no era un político, según le dije, y no llegué a ejercer ningún cargo político. Mi carrera docente me había llevado a la Dirección General de Cultura, cargo en el que me confirmó el nuevo gobierno. Cuando esa Dirección se transformó en Secretaría, nombraron a otro, más político e influyente que yo... Cumplido mi deber revolucionario, lo que me interesaba era volver a mi realización personal en lo humano y lo artístico. (ANDRÉS, 1990: 41-42)

“Yo no era un político”. Idea que seguirá repitiendo hasta el fin de sus días. El motivo de la prevención es sencillo: lo que importa, lo que quiere dejar en claro es que la figura del escritor excede la del político. Primero, es el poeta Marechal el que legitima con su apoyo al “hombre de acción” Perón.<sup>33</sup> El hecho que se pueda reducir su participación a la adjudicación de una etiqueta política es negativo: no hace sino limitar el alcance del escritor Marechal, poner coto partidario a la trascendencia de su gesto. Su participación se justifica en tanto no responde a las necesidades de un partido sino a la toma de conciencia de la comunidad: ese había sido el sentido último del 17 de octubre.

---

<sup>33</sup> En una carta dirigida a Elbia Rosbaco durante su viaje a Europa como “delegado intelectual” del gobierno escribe “España me ha recibido, lógicamente, más como poeta que como funcionario”. Ver ROSBACO, Elbia. *Mi vida con Leopoldo Marechal*, Buenos Aires, Paidós, 1973, p. 20. En declaraciones posteriores encontramos expresiones similares. Consultar MARECHAL, Leopoldo. “Distinguir para entender” en *Mundo Nuevo*, París, n° 18, diciembre de 1967. Extraído de *Obras completas*, Tomo V, p. 338.

Es su deber con la moral implícita en la búsqueda de justicia de los no redimidos lo que explica su compromiso con el movimiento en marcha. El intelectual Marechal se apresta desde entonces a denunciar la injusticia y proponer soluciones -diríamos “doctrinarias”- en el orden de los valores últimos, ayudando a configurar un programa ético-social. Es a esa revolución auténtica a la que dice servir Marechal, por ello recalca que cumplido su “deber revolucionario” volvió a sus realizaciones artísticas, afirmación que, por cierto, contradice los avatares de su derrotero político.<sup>34</sup>

Compartiendo la premisa común de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, a saber, que el proceso peronista era una auténtica revolución en tanto removía el “fondo moral” de la comunidad, Marechal expone en 1947 sobre las “Proyecciones culturales del momento argentino”. Primero reafirma la idea de que se estaba viviendo un proceso revolucionario, que no sólo alcanzaba la comunidad histórica nacional sino que tenía una dimensión potencialmente universal al ser punta de lanza de un conjunto de principios que las ideologías imperantes habían postergado: la restitución del valor de la persona, un humanismo de raíz cristiana de nuevo cuño que contemplaba la reivindicación integral del hombre:

“... nuestra revolución, al perseguir la reivindicación integral del hombre argentino, quiere abarcar esos dos aspectos de su unidad humana: la obra de justicia social en que nuestro gobierno se halla empeñado no sólo tiende a restituirle al hombre la dignidad de su cuerpo ... sino también su decoro de criatura espiritual, mediante la participación del hombre argentino en la cultura y su acceso a las formas intelectuales que le faciliten la comprensión de la Verdad, la Belleza y el Bien. Más aún, con la implantación de la enseñanza religiosa en las escuelas, el nuevo Estado argentino reconoce la naturaleza trascendente del hombre y su destino sobrenatural. (MARECHAL, 1998 B: 133)

---

<sup>34</sup> A pesar de su insistencia en que no era un hombre político y que no había sido funcionario, y ser reacio a reconocer expresamente su compromiso político, no cabe duda para nosotros de que fue un intelectual orgánico del primer peronismo. Veamos su itinerario de aquellos años. Sabemos que participa activamente de la campaña electoral que llevó a Perón al poder. Según sus propias palabras, fue ideólogo del movimiento que alcanzará el poder en 1946. En 1947 participa en la “Comisión Nacional de Cooperación Intelectual”. En 1948 viaja a Europa como “enviado intelectual” del gobierno justicialista. En 1950 escribe a pedido el *Canto de San Martín* para los festejos oficiales por el aniversario del Libertador. En 1951 se estrena en el Teatro Cervantes su obra *Antígona Velez*, dirigida por Enrique Santos Discépolo, y que le había sido solicitada por el gobierno para ser estrenada el 25 de mayo de 1951. Obra que si bien debe ser abordada teniendo en cuenta el pensamiento religioso de Marechal, no se puede entender sin tener en cuenta la perspectiva de su adhesión política al justicialismo.<sup>34</sup> También realiza varios viajes al interior del país como representante del Ministerio de Educación. Por último mencionaremos su conferencia de 1955, leída en Radio del Estado “Simbolismos del Martín Fierro”, que constituye una clara intervención del intelectual en los sucesos de ese año convulsionado.

Marechal afirma que la historia de nuestra cultura ha sido una historia de desamparos: desamparos de las minorías creadoras que no han contado con el apoyo de los poderes ni del pueblo; desamparo de las mayorías populares, hacia las que no se han dirigido el esfuerzo de las minorías gobernantes:

“Es necesario reconocer y la mentar, por una parte, que los creadores e investigadores argentinos han venido cumpliendo una obra de laboratorio cerrado, una actividad de catacumba, sin el estímulo exterior, sin el reconocimiento de los “otros” que halla el creador o el investigador cuando se ve rodeado por un “contorno vivo” de cultura. Existencia heroica fue y es aún la de esos hombres; porque trabajar en un círculo de indiferentes y sin otro fuego que el que se alimenta con la propia sustancia, me ha parecido siempre una forma de heroísmo, y no la más pequeña. Por otra parte, alejado nuestro pueblo de las manifestaciones culturales, ya sea por obra de una educación mediocre; ya por la incuria de regímenes gubernamentales ... mal ha podido constituir nuestro pueblo ese contorno vivo... (134-5).

Para Marechal el gobierno debía interesarse por las vocaciones científicas y artísticas. Al Estado correspondía mediante sus institutos de enseñanza, descubrir las vocaciones nacientes que habrían de constituir la élite. Una vez descubiertas, le correspondía orientarlas y proveerlas de todos los medios necesarios para su desarrollo, sin poner límites a sus virtualidades creadoras. La orientación por el Estado de las vocaciones creadoras debía tener como propósito el facilitar la realización de las posibilidades individuales pero también el de constituir los equipos que han de cumplir la obra de difusión cultural en la masa del pueblo. Debían crearse los medios de difusión a tal fin: libros, teatros, revistas orales y escritas, conciertos, conferencias, universidades populares, institutos de extensión cultural, exposiciones, etc. Como es de apreciar, Marechal sigue pensando en la misión de las élites ilustradas en el terreno de la cultura.

“En la órbita de la cultura, el pueblo debe actuar como “creador” y como “asimilador”. [...] el pueblo no se manifiesta como “creador” sino mediante las vocaciones individuales que se patentizan en su seno [...] sin embargo, todo creador manifiesta, no sólo sus propias virtualidades, sino también las virtualidades creadoras de su pueblo, del cual el sabio y el artista son la expresión concreta, paradigmática, ejemplar. [...] entre la minoría creadora y la mayoría asimiladora debe existir, pues, un contacto efectivo y permanente, una relación que llamaríamos amorosa, gracias a la cual el creador sale de su mundo para trascender a los otros y lograr un “objetivo humano”, y gracias a la cual el asimilador participa de las iluminaciones que no está en su naturaleza producir. Por otra parte, si admitimos que todo creador no sólo manifiesta sus posibilidades individuales, sino también las

virtualidades creadoras de su raza, un reconocimiento mutuo y una identificación deben producirse entre el creador que expresa a su pueblo y el pueblo que se siente así expresado. Más aún, yo diría que no se logra una verdadera cultura sin esa identificación. (MARECHAL, 1998 B: 136-7)

El pueblo es creador de cultura a través de sus vocaciones individuales, minorías que son expresión concreta de la mayoría. Esta idea, cuyos primeros antecedentes los habíamos encontrados dispersos en escritos anteriores, ahora es sistematizada en el marco de uno de los primeros proyectos culturales del reciente gobierno peronista. Y es interesante resaltarlo: la importancia social y el valor de las élites creadoras obedecen al hecho democrático de que actúan en nombre de todos los hombres de la comunidad, a los que representan, y están legitimadas por la tradición previa en la que se encuentran inscritas, de las que son una pieza, un eslabón. Marechal relativiza, de alguna manera, todo valor individual en los creadores y atribuye su trascendencia a la circunstancia de que se apoyan en lo colectivo, en el pueblo, que es desde donde surge el “genio poético”. En lugar del elitismo que se dirige siempre y en forma explícita a la minoría, encontramos la postulación de que la cultura es un bien comunal que se debe a todos los hombres.

No obstante, sospechaba de las manifestaciones artísticas o científicas “hechas ex profeso para las clases populares”. Sostenido en esa creencia hizo una crítica temprana al peronismo en el poder señalando que en todo movimiento revolucionario “algunos estratos inferiores de la cultura” se consideren en un mismo plano de igualdad que aquellos que tienen “la capacidad y el talento creador”. El estado debía trabajar con los mejores pues si no estos últimos, al quedar desplazados de la vía estatal, “realizan por la vía privada hechos de cultura muy superiores en calidad a los que cumple el Estado” (MARECHAL, 1998B: 139). Esto que advierte tempranamente Marechal es lo que pondrá en años posteriores como balance negativo de la experiencia del peronismo en el poder.<sup>35</sup> A contrapelo de lo que era una de las vertientes de las políticas culturales del peronismo, la exaltación del folklore, dice: “Con todo es posible alcanzar un grado más alto aún, en la proyección de lo autóctono sobre lo universal. Y es cuando el alma de un pueblo se manifiesta en las obras de su arte sin recurrir a elementos folklóricos o a temas nacionales”. (MARECHAL, 1998 B: )

---

<sup>35</sup> GELMAN, Juan. “Marechal o el matador de la Elegía” en *Confirmado*, 27 de julio de 1967, p. 50.

Admitía que el arte argentino había caído más de una vez en mimetismos grotescos y comprendía que la reacción contra esa servidumbre hubiese sido reivindicar el folklore nacional. reconoce que él mismo había incurrido en esos deslices pero el arte, fiel a sus “leyes inmutables”, reclamaba ahora su función ecuménica. Un arte auténtico era aquel que lograba al mismo tiempo y “sin incurrir por ello en contradicción alguna, ahondar en lo autóctono y trascender a lo universal”. Por otro lado, confiaba en la capacidad asimiladora de los sectores populares de las obras de la alta cultura, y su apuesta como poeta peronista fue en ese sentido cuando adaptó para un público de masas la tragedia *Electra* de Sófocles (1950) o escribió *Antígona Velez* en 1951.

### **El poeta depuesto.**

En entrevistas, memorias, relatos autobiográficos e incluso en algunas de sus ficciones posteriores a la caída del peronismo,<sup>36</sup> Marechal se preocupó por rescatar el pasado revolucionario de su abuelo paterno -exiliado de la comuna de París- y resaltar la procedencia modesta de su familia.<sup>37</sup> Tal vez el más logrado de esos textos sea “El poeta depuesto” (1970), una memoria que aparentemente el escritor pensaba incluir en la primera edición del libro de ensayos *Cuaderno de Navegación* (1966). En el escrito Marechal refiere a una polémica publicada en *La Nación* en noviembre del 1963 entre Murena y el ensayista uruguayo Emir Rodríguez Monegal, de la cual rescata la actitud de valentía de Murena al desnudar la verdad sobre su situación de proscripción. También deja sus impresiones sobre el proceso abierto a partir de 1955 diciendo:

... su confirmación de lo que yo había experimentado me llevó a estas dos conclusiones: 1º, la “barbarie” real o no que Sarmiento denunciara en las clases populares de su época se había trasladado paradójicamente a la clase intelectual de hoy, ya que sólo los bárbaros (¡oh, bárbaros muy bien vestidos!) podían excluir de su comunidad a un poeta que hasta entonces llamaban hermano, por el solo delito de haber andado en pos de tres banderas que creyó y cree inalienables; y 2º, desde 1955, no sólo tuvo nuestro país al Gobernante Depuesto, sino también al

---

<sup>36</sup> Ver MARECHAL, Leopoldo. “Memoria” en *Memorias de la infancia*, selección a cargo de Piri Lugones, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1968, pp. 23-28; “El poeta depuesto” en *Nuevos Aires*, Buenos Aires, a. I, junio-agosto de 1970, pp. 55-60; “Los puntos fundamentales de mi vida” en “Cultura y Nación”, *Clarín*, Buenos Aires, 29 de marzo de 1973. Consultar también ANDRÉS, Alfredo. Op. Cit.

<sup>37</sup> En el trabajo de María Teresa Gramuglio “Retrato del escritor como martinfierrista muerto” encontramos, justamente, un análisis de las estrategias textuales de Marechal en Adán Buenosayres que van definiendo sus respectivas representaciones de escritor, haciendo un contrapunto entre estos discursos de la ficción y la trayectoria biográfica real del autor. Ver GRAMUGLIO, María Teresa. “Retrato del escritor como martinfierrista muerto”, pp. 771-806.

Médico Depuesto, al Cura Depuesto y (tal es mi caso) el Poeta Depuesto. (MARECHAL, 1998B: 379)

Marechal dibuja en unos pocos trazos la trayectoria política de su abuelo paterno, describe los momentos nodales de su infancia en el seno de una familia de trabajadores, e hilvana su autobiografía política: la simpatía por el socialismo primero, un interés contemplativo y pietista por el yrigoyenismo y, más tarde, vía el cristianismo, su adhesión al justicialismo. Explica el porqué de su compromiso político, compromiso que tiene una base religiosa: “Se me impuso la doble y complementaria lección crítica del amor fraternal, y la condenación del “rico” en tanto que su pasión acumulativa trastorna el orden y la justicia en la “distribución”, asignado tan admirablemente a la Providencia Divina en el *Sermón de la Montaña*” (MARECHAL, 1998B: 385). Desde este argumento y también de su conocimiento del pueblo y sus aspiraciones Marechal explica su compromiso ineludible con la revolución.

En esos años de proscripción del peronismo y del “exilio interior”, como le gustaba decir, Marechal escribe otros ensayos en su *Cuaderno de navegación* (1966). Algunos refieren a las experiencias y a las tensiones a las que se había visto expuesto en su paso por el espacio estatal peronista. El pragmatismo por sobre las ideas, el imperio del sentido común sobre el pensamiento reflexivo, los celos del funcionariado ante la figura del intelectual, dejan ver un Marechal que se autopercibe solo no cuando fue “depuesto” sino cuando era “poder”. Detengámonos por unos instantes en otro ensayo titulado “La torre de marfil asediada”: es un texto breve, escrito a partir de la excusa de haber recibido como regalo de cumpleaños el libro de Bernardo Koremblit, *La torre de marfil y la política* (1952). En ese ensayo Koremblit sostenía que la historia enseñaba drástica y trágicamente que si el escritor intervenía en política era sacrificado. La maternal torre de marfil era el refugio del que había aprendido la lección: a Sócrates se le había dado la cicuta, a Jesús crucificado, a Giordano Bruno incinerado, a Cicerón decapitado, y así en adelante con los sabios que hablaron, escribieron o actuaron en el campo de los militantes de tantas banderas. Por lo tanto, la enseñanza era clara: el escritor no tenía que intervenir en política. Koremblit terminaba su ensayo oponiendo al lema del escritor comprometido el compromiso con la literatura.

Marechal juzga que el libro de Koremblit acierta agudamente en retratar la “tragicomedia del artífice y del pensador”, que en un momento de la historia del Occidente moderno habían sido alejados de su función social y su estado público, y que



en la actualidad eran reclamados por las “nuevas musas de lo social y lo económico”. La negativa del intelectual al llamado de los politicistas, como afirmaba Korembliit, no significaba que se encogiera de hombros respecto a los problemas sociales. El aislamiento, la torre de marfil, no era el refugio del escritor que se recluía insensible a los estremecedores e indignantes problemas del mundo. Marechal refiere que en la carta de agradecimiento a su amigo afirmaba:

Muchos creen que la Torre de Marfil habitada por los intelectuales es algo así como un fumadero de opio en uso excluyente, o un garito unipersonal para el juego de “solitarios”; y no sospechan ellos que en dichas torres, en su aparente inutilidad, están sosteniendo estructuras espirituales que, sin ellas, no tardarían en venirse abajo.(MARECHAL, 1998 A: 523)

En lo que hay que reparar, sin embargo, es que la alusión del obsequio le permite a Marechal rehabilitar las reflexiones que había efectuado en los años treinta en la revista *Sur* y en el diario *La Nación* en relación a la recepción crítica de la obra de Güiraldes *Don Segundo Sombra* (1926). Evoca dicha crítica y en un gesto de actualizar su polémica con ella, Marechal despliega un escenario de discusión en torno al derrotero de los intelectuales en el “reino de Crespo”, inquietud que se desdobra veladamente en la reflexión sobre su propio recorrido y sus contactos con el mundo de la política. Vuelve a insistir en que una élite creadora no se debe al orden político-social sino al arte, y la razón primera y final del arte es la belleza. Si los escritores se habían recluso en su torre de marfil era porque en el mundo contemporáneo imperaban los valores de la burguesía: individualismo, deshumanización, materialismo, mecanización. En una actitud heroica el intelectual se había mostrado insobornable en su vocación de hermosura o verdad reclusándose en su torre de marfil. Diagnostica entonces que tanto el artista como el hombre de saber habían perdido el sentido social que habían tenido en un pasado remoto, en una comunidad organizada: “...se convirtieron en individuos oficialmente inútiles, y se aíslan con feroz dignidad en sus torres” (MARECHAL, 1998A: 495).

Ahora bien, cómo entender la contemporaneidad de dos registros discursivos aparentemente contradictorios como son: su afirmación constante de que él no era un “hombre de acción” sino de “contemplación y meditación”, sumada a la defensa que realiza en este ensayo de “la torre de marfil”; y por otro lado, la acuñación de la imagen del “poeta depuesto” en la que está implícita una defensa de su participación en el

movimiento peronista.<sup>38</sup> Si compartimos que el ensayo es una escritura que se puede pensar como un campo de batalla, como práctica polémica desafiante de los discursos circundantes, ¿con quién polemiza Marechal? ¿No es esta una intervención del poeta en las controversias que se encadenaron en el espacio de los *clercs* en los años que siguieron a la caída de Perón, tiempos en los que se disputaron la definición de los rangos, las categorías y la autoridad en el campo de las élites culturales?<sup>39</sup> No podría describirse, menos aún interpretarse, la estrategia que eligió Marechal para batir a su adversario discursivo sin pensar en un cuestionamiento a los debates intelectuales del momento que, nos parece, transmite su artículo. El espacio de confrontaciones y rupturas abierto a partir de 1955 por las disímiles interpretaciones sobre la misión de los intelectuales estuvo ciertamente dominado por las controversias sobre el peronismo y su proscripción, pero también fue modelado por una nueva tematización de la responsabilidad política de los intelectuales en los años sesenta, que tuvo alcance latinoamericano -claro está- al calor de la revolución cubana.<sup>40</sup> Los adversarios de su discurso polémico podemos aventurarlos varios: los intelectuales antiperonistas implicados en el proceso de proscripción del peronismo; los escritores peronistas que entienden su compromiso con el movimiento desde un registro maximalista; las jóvenes generaciones intelectuales que ensayaron nuevos caminos para la crítica cultural y otras historias para la literatura argentina sustrayéndose de la alternativa peronismo-antiperonismo, pero que enarbolan la necesaria historización de la cultura como condición de posibilidad de comprender el presente.

Cruce de tiempos históricos, donde el peronismo si bien proscripto pasaba de ser una palabra maldita a ser la palabra redentora; o tal vez guiño a los nuevos aires que se aproximan en su vida después de la legitimación que significó la invitación a Cuba como jurado del concurso de Casa de las Américas, encontramos a Marechal un año después explicando:

---

<sup>38</sup> Sobre la dimensión política en las obra de Marechal, consultar BUENO, Mónica y M. TARONCHER, "Leopoldo Marechal, relato de un exilio". *I Congreso Internacional CELEHIS de Literatura*. Mar del Plata: Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata, 6-8 de diciembre de 2002; MATURO, Graciela. "El peronismo en la obra de Marechal" en *Revista Peronistas*, s/f: 101-112; ROCCO-CUZZI, Renata. "Las epopeyas de Leopoldo Marechal" en SAÍTA, Silvia. *Historia crítica de la literatura argentina. El oficio se afirma*, Buenos Aires, Emecé, 2004: 461-482; VIÑAS, David. *Literatura y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1971.

<sup>39</sup> Para una contextualización de los duelos intelectuales de aquellos años consultar ALTAMIRANO, Carlos. *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001.

<sup>40</sup> Consultar GILMAN, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2003.

... es muy difícil hoy, si no monstruoso, entregarse a un esteticismo puro de torre de marfil o de cualquier otro material aislante, dada la ineludible solidaridad que le debemos a nuestro mundo y su problemática. Por mi parte, y en tanto que artífice, no puedo ni debo renunciar a la Estética (palabra reciente) o a la Poética (vocablo antiguo) como teoría o ciencia del arte. En tanto que hombre, nada impide que yo, en una novela por ejemplo, utilice como sustancia los quebraderos de cabeza contemporáneos, sin apartarme de la Estética, que me obliga a forjar una “obra de arte” y no un tratado de sociología. (MARECHAL, 1998B: 334)

Luego del viaje a Cuba Marechal se permite la posibilidad de hacer una doble lectura de la figura del escritor. Ante la pregunta de cómo definiría al escritor responde: “Te regalaré dos definiciones, una peyorativa y otra mejorativa. La peyorativa: escritor, animal bípedo, con una sola pluma, que se alimenta de incienso y promoción. La mejorativa: escritor, ser hermosamente expresivo, que manifiesta exteriormente para los otros lo que hay en él de manifestable” (ANDRÉS, 1990: 56).

De todas maneras es casi impensable en el poeta peronista una actitud antiintelectualista. En su libro *Entre la pluma y el fusil* C. Gilman relata un episodio sucedido en el Congreso de Escritores realizado en Chile en 1969, por demás significativo. Luego de un debate sobre el compromiso de los escritores y la eficacia política de la literatura, uno de los oradores confiesa pesimista, ante la interpelación del público, que “los escritores no eran nadie”. El que salió a matizar la sentencia del escritor corrigiéndolo con un “no somos *casi* nadie” fue Leopoldo Marechal.<sup>41</sup>

## **Hernández Arregui: intelectual orgánico del peronismo revolucionario.**

### **El intelectual como conciencia alienada.**

Proveniente de una tradición ideológica diferente, con tiempos de inserción y de militancia en el peronismo igualmente disímiles, la consagración de Juan José Hernández Arregui como intelectual público del peronismo se dio en un momento distinto al de Marechal: el de los años sesenta.<sup>42</sup> Recordemos que Hernández Arregui antes del advenimiento de la era peronista, había sido profesor y periodista en la

---

<sup>41</sup> GILMAN, Claudia. Op. Cit., p. 162.

<sup>42</sup> CERNADAS, Jorge. “Notas sobre la desintegración del consenso antiperonista en el campo intelectual: Sur, 1955-1960” en AA.VV.. *Cultura y política en los años 60*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC-Universidad de Buenos Aires, 1997, p. 148.

provincia de Córdoba, militante y funcionario del sabattinismo. Recién en 1947 había adherido al peronismo, incorporación que vivió no sin tensión debido a su condición de marxista profeso. Entró como funcionario de la administración peronista de la mano de Forja, cuando Jauretche lo invita a participar como Director de Estadística y Censo en el gobierno de Mercante. Luego de la ruptura entre éste último y Perón, Hernández Arregui se recluye en su rol de profesor en la Universidad de La Plata hasta que en 1951 comienza a participar del ciclo “Vida artística” transmitido por Radio del Estado.<sup>43</sup> Tal vez esta es la primera actividad de Hernández Arregui donde públicamente queda expuesto como intelectual ligado al peronismo.<sup>44</sup>

Una preocupación constante en todos los ensayos de Hernández Arregui fue la de poder descifrar la problemática nacional a partir de la compatibilización de la teoría marxista con un pensamiento nacional. De la misma manera todos ellos estuvieron atravesados por la reflexión acerca del rol histórico y el “deber ser” de los intelectuales en un país dependiente. Coincidencia no fortuita que ilustra aquella observación que hiciera Alain Touraine sobre los intelectuales latinoamericanos y su autodefinición como tales, en donde se cruzaban los temas de la modernización, el nacionalismo y la clase.<sup>45</sup> Es posible explorar en sus escritos distintos niveles de discusión acerca de la problemática, líneas de examen que trazan no sólo un contorno analítico-descriptivo sino que dibujan un horizonte prescriptivo y desiderativo de la imagen del escritor. En el prefacio a la primera edición de *Imperialismo y cultura* (1957) Hernández Arregui sostiene beligerante:

El Arte, entendido como producto interdependiente de las demás manifestaciones sociales, es pues, el objeto de este ensayo, tanto como la generación intelectual que le sirvió de vehículo ... Este tratamiento puede sorprender a aquellos habituados a concebir el Arte como una forma autónoma y exquisita del espíritu. Pero al margen de sus problemas específicos, el Arte, no está en el trasmundo sino en la

---

<sup>43</sup> Para las notas biográficas del autor consultar GALASSO, Norberto. *Juan José Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*, Buenos Aires, Ediciones del pensamiento nacional, 1986. PIÑEIRO IÑIGUEZ, Carlos. *Hernández Arregui intelectual peronista. Pensar el nacionalismo popular desde el marxismo*, Buenos Aires, Instituto Di Tella-Siglo XXI, 2007.

<sup>44</sup> De ello parece dar cuenta la sorna con que se lo trata una vez que cae el peronismo. Hernández Arregui junto a otros intelectuales vinculados al peronismo serán objeto de socarronería de un panfleto titulado *PAX (Epitafios)* que supo circular en los primeros tiempos de la Revolución Libertadora: “¡Bárbaras barbaridades! ¡Profesor de Humanidades! ¡Bienenquistado y bienmirado/por la Radio del Estado! ¡Dr. Hernández Arregui, émulo falaz de Legui! ¡Su nombre la lista llena/ como llenó su barriga! (Ya se lo dijo Murena: “¡Que no se diga!”). Extraído de HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José. *Nacionalismo y liberación*, Buenos Aires, Editorial Contrapunto, 1987, pp. 198-199. (1° edic. 1969).

<sup>45</sup> SIGAL, Silvia. “América Latina y sus intelectuales. Conversación con Alain Touraine” en *Crítica y utopía*, N° 13, 1985, p. 25.

cabeza histórica de los hombres. (HERNÁNDEZ ARREGUI, 1973A: 15)

Destinado a denunciar las imposturas de la tradición liberal y las de sus intelectuales, el ensayo debate sobre lo que explicita como su objeto de reflexión: el arte entendido como un producto interdependiente de las demás manifestaciones sociales. Pero asimismo polemiza con las opiniones vigentes sobre el problema de la autonomía del escritor, el compromiso intelectual y la relación política-cultura. Lo primero que resalta es el intento de Hernández Arregui de formular una definición del intelectual sobre consideraciones sociológicas:

La calidad de “intelectual” es una categoría profesional no un grado más alto y superior de espíritu. Como categoría profesional es un producto de la división del trabajo en una sociedad dividida en clases. Ese carácter profesional los agrupa y define por encima de diferencias individuales como una capa homogénea que cumple una función social predeterminada y uniforme. (HERNÁNDEZ ARREGUI, 1973B: 151)

Definida su función, el ensayista reflexiona sobre la posición social del escritor remitiéndose a la ubicación de la clase de la que es oriundo: la clase media o pequeña burguesía. Partícipe del ámbito de la cultura de izquierda, Hernández Arregui se refiere a ella tipificando su comportamiento político (inconsecuente, temerosa de la revolución, conservadora y portadora a la vez de un discurso libertario), su subjetividad incierta, su fragilidad económica:

...mientras la perspectiva de descender les lleva a la comprensión de la lucha que libra la clase trabajadora, por otra parte les estimula a no caer en ella. Cuando logra una situación estable, el intelectual pequeño-burgués, se aparta de las masas con fundamentos aparentemente racionales... pero estos pretextos, no invalidan la motivación determinante que es la frustración, en parte inconsciente, de la propia conciencia plebeya. (HERNÁNDEZ ARREGUI, 1973A: 249-260)

Diagnóstico que determina que los intelectuales como miembros de la burguesía por nacimiento, ideología o estilo de vida, excluidos -como el pueblo- del poder económico y político, están condenados a un sentimiento de clase incierto o inestable que oscila entre la identificación con los que dominan y la solidaridad con los dominados. El intelectual está definido por esa condición de ambigüedad debido a su

inserción social imprecisa y conflictiva, en tanto clase dependiente del aparato cultural de la clase dominante –en lenguaje peronista, la oligarquía- que paga sus servicios. En palabras de Pierre Bourdieu, los intelectuales constituyen el sector dominado de la clase dominante; son dominantes en tanto poseedores del poder y los privilegios que confieren la posesión del capital cultural; son dominados en referencia a sus relaciones con los que detentan el poder político y económico.<sup>46</sup> Asalariado de la “oligarquía”, el hombre de cultura es sometido a una dominación estructural ejercida a través de la universidad, la burocracia estatal, las academias y sus instancias de consagración, o por los mecanismos del mercado. Respecto a la libertad del escritor dirá:

El artista, por fijación centralizada de su yo, padece el “complejo de Narciso”, un deseo continuo de brillar. Para eso necesita apoyo social. Estos grupos están bien organizados y su objeto es la propaganda al servicio de sus miembros. El sistema culmina en un subgrupo de críticos que con frecuencia son los mismos literatos del círculo [...] en definitiva, los círculos literarios, expresan el fenómeno de la socialización de la técnica del arte al servicio de determinados valores sociales. (HERNÁNDEZ ARREGUI, 1973A: 67)

Y si señala las constricciones que le depara al escritor el campo intelectual, lo mismo sucede respecto a la vinculación entre cultura y poder. Los espacios institucionales donde se educan y operan las élites intelectuales son piezas de la maquinaria del Estado, en consecuencia, dependientes de las decisiones últimas del sistema político imperante. La imposibilidad de reconocer esto hace del intelectual una conciencia alienada que puede proclamar su autonomía y la “libertad de la cultura” en un contexto histórico donde existe la proscripción política y la explotación.

Sur ha negado toda militancia política. Pero no hay literatura separada de la política. La forma embozada de esta militancia ha sido llamada “política del espíritu” y cuenta con el antecedente de Paul Valery y Julien Benda. [...] Cuando por el desmembramiento del país perdieron sus posiciones, la espiritualidad se convirtió en el partidismo más innoble. El espíritu se hizo terrenal. [...] No es casual que sus adeptos, con frecuencia incorporados desde otros estratos sociales, se consideren “élites” y se arroguen en el orden espiritual, la misma función que en el plano social llenan las clases altas. Sus miembros – criaturas adoptivas de la oligarquía- se sienten aureolados de estúpida arrogancia. (HERNÁNDEZ ARREGUI, 1973A: 141-144)

---

<sup>46</sup> BOURDIEU, Pierre. *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1933, p. 147. Consultar del mismo autor “Campo del poder, campo intelectual y habitus de clase” en *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2006.

Refugiándose en la abstención política o convencidos de que la política no comulga con el arte, estos intelectuales encubren el sometimiento al que están expuestos. Con un tono claramente sartreano, a pesar que nunca menciona al escritor francés, afirma: “Dígase cuanto se quiera, la realidad que circunda la intelectual es política y su silencio es político. El silencio de los intelectuales se llama traición. La traición de los *clerics* consistía, para Hernández Arregui, en haber dado la espalda a los problemas del pueblo. En ese divorcio cristalizaba su “función antinacional”, pues su desinterés y silencio se traducían en adhesión tácita o explícita al colonialismo y a los intereses dominantes. Aislados del pueblo, abandonaban sus tareas principales: la de denunciar las desigualdades de un orden injusto, la de representar la conciencia del pueblo nacional e interpretar la experiencia colectiva. Entramos aquí en una caracterización del intelectual que desborda los límites de una definición sociológica y se instala en el marco de una definición normativa de su imagen. El “deber ser” del intelectual radica en su responsabilidad con la verdad, en la crítica de las contradicciones de la sociedad en que vive, el transformarse en la voz de las clases subyugadas.”<sup>47</sup>

Está implícito en su concepción que intelectual es aquel que en su saber incluye una mirada política, abarcadora de la realidad y la problemática social, ante la cual tiene el deber de reflexionar. De hecho, como ha estudiado María Celia Vázquez, Hernández Arregui construye su imagen de ensayista como un intelectual comprometido con la custodia de las verdades nacionales.<sup>48</sup> El intelectual como tipo ideal es opuesto al técnico o al especialista. De allí su impugnación al profesionalismo y a los tecnicismos - consecuencias de una exacerbada división del trabajo-, idea que retoma de la crítica de Ortega y Gasset a la “barbarie del especialismo”. A partir del momento en que el intelectual pretende aislarse de la sociedad, el intelectual se hace profesional.

Este cuestionamiento al “corporativismo académico” no fue privativo de Hernández Arregui. La denuncia debe ser contextualizada en el proceso de modernización del campo intelectual que se registró en los años sesenta y que estuvo signado por un doble movimiento. Por un lado, la modernización del ámbito universitario que a partir de 1955 se centró en la profesionalización de los saberes académicos, en la implementación de proyectos de actualización científica y renovación

---

<sup>47</sup> HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José. *Nacionalismo y liberación*, Buenos Aires, Contrapunto, 1987, p. 198.

<sup>48</sup> VÁZQUEZ, María Celia. “El proceso político entre el '55 y los setenta a través de las sucesivas ediciones de *Imperialismo y cultura*, de Juan José Hernández Arregui” ne *Revista Pilquen*, jan./dez., n° 7, 2005. ISSN 1851-3123.

universitaria consonantes con los parámetros desarrollistas de promoción del progreso científico-tecnológico nacional.<sup>49</sup>

Por otro lado, y en paralelo con estas transformaciones, el campo cultural se vio conmovido por la aparición de una “franja de intelectualidad crítica situada en los márgenes” de los espacios académicos e institucionales,<sup>50</sup> que comenzó con el replanteamiento de las relaciones entre teoría y política desde la matriz del existencialismo sartreano primero, desde el gramscismo luego, y que acusó al sector académico profesionalizado de estéril o carente de una práctica eficaz para obtener transformaciones sociales.<sup>51</sup> El cuestionamiento del corporativismo académico fue un componente de la intelectualidad de izquierda y peronista revolucionaria de ese tiempo, y tuvo como fin revelar el carácter político de las prácticas científicas y estéticas denunciando la idiosincrasia “clasista” de las instituciones culturales. Los escritores ligados a estas corrientes creyeron necesario revelar las condiciones sociales de producción de los discursos culturales que imperaban en la discusión pública. Pusieron en entredicho los criterios de legitimidad esgrimidos por las ciencias sociales en pleno proceso de institucionalización y modernización, con observaciones acerca de las condiciones materiales que determinaban el trabajo profesional hasta consideraciones de índole epistemológica acerca de la imposibilidad de un conocimiento apolítico. El carácter político de las prácticas culturales y científicas residía en el hecho que la “inteligencia técnica”, al realizar tareas parciales de carácter instrumental, inhabilitaba la crítica a una organización social injusta permitiendo los mecanismos de su reproducción. La crítica de la especialización devino, como ha observado Beatriz Sarlo, en la liquidación de toda idea de verdades zonales y localizadas, de legitimidad parcial para organizar prácticas y discursos intelectuales bajo el imperio de la política.<sup>52</sup>

El tema de la autonomía de los intelectuales, por ende, era para Hernández Arregui un falso problema. Y su definición del intelectual como conciencia crítica no es

---

<sup>49</sup> CALDELARI, María y Patricia FUNES. “La Universidad de Buenos Aires, 1955-1966: lecturas de un recuerdo” en AA.VV. *Cultura y política en los años 60*, pp. 20-21.

<sup>50</sup> TERÁN, Oscar. *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 15. Debemos relativizar esa afirmación señalando que en el movimiento estudiantil universitario se registran muchas de las impugnaciones llevadas a cabo por esos intelectuales marginales al campo académico. Ver SIGAL, Silvia. op. cit., capítulos 3 y 4.

<sup>51</sup> Para las transformaciones operadas en el campo intelectual consultar ALTAMIRANO, Carlos. “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio” en revista *Prismas*, Año I, N° 1, 1997; AA.VV. *Cultura y política en los años 60*; SARLO, Beatriz. “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?” en *Punto de Vista*, Año VII, N° 25, diciembre de 1985; SIGAL, Silvia. op. cit.; TERÁN, Oscar. op. cit.

<sup>52</sup> SARLO, Beatriz. “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”, p. 3.



una definición necesaria sino histórico-contingente, pues no se desprende de sus reflexiones que el poder y que la sociedad constituyan un “Otro natural” del intelectual. El orden social vigente en ese momento, definido por la proscripción del peronismo, la represión de los obreros, determinado económica e ideológicamente por el “colonialismo”, era el que obligaba a una postura crítico-negativa. Hernández Arregui no era ajeno a ese imaginario -fruto de diversas lecturas, entre ellas la de las teorizaciones de Lenin sobre la vanguardia revolucionaria y las de Wright Mills acerca de los intelectuales como organizadores del cambio- tan caro a una gran parte de la intelectualidad de los años sesenta que pensó que la intelectualidad progresista latinoamericana debía transformarse en agente de los cambios estructurales que demandaban las realidades regionales, representando en la política el rol de una “izquierda jacobina”.<sup>53</sup> El verdadero dilema se dirimía en torno a hacia quién o contra quiénes se dirigía, y en qué circunstancias se expresaban y elaboraban ideas. Por consiguiente, el problema no era intelectual sino político. Y recordemos que lo político en la Argentina de los años cincuenta estaba cubierto por la noción de revolución. No una, sino muchas revoluciones: la peronista proscripta, la libertadora triunfante, las marxistas. De modo que pensar las relaciones del intelectual con lo político significaba pensar las relaciones del intelectual con cada una de ellas.

Ese discurso normativo del rol crítico del intelectual peronista se podía sostener sin demasiada tensión en el contexto de proscripción del peronismo en el cual todo se debía denunciar, criticar y defender de las imposturas de las fuerzas “restauradoras del orden” preperonista. Pero ¿cómo pensaba Hernández Arregui su rol en la experiencia 1946-1955? O más aún, ¿cómo pensaba al intelectual dentro del movimiento, donde comenzaban a hacerse visibles las rupturas que iban generando las disímiles hermenéuticas del peronismo elaboradas dentro de la Resistencia? En su evaluación de los dos primeros gobiernos peronistas explicaba que la revolución popular había sido derrotada por la oposición debido a su flaqueza. Debilidad cimentada en las contradicciones ideológicas originarias del movimiento y en la falta de un partido revolucionario.<sup>54</sup> Esto, en un registro marxista, equivalía a decir que lo que había fallado en el peronismo, justamente, era la ausencia de una vanguardia revolucionaria -agreguemos, intelectual-. Hernández Arregui había estado lejos en ese momento -y

---

<sup>53</sup> MARSAL, Juan (Comp.). *Los intelectuales políticos*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971, p.102.

<sup>54</sup> HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José. *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, p.200-201.

seguía estándolo- de pensar su cooperación a la revolución inconclusa como la de simple difusión de la doctrina justicialista. Para él faltaba aún en el peronismo una teoría revolucionaria y era esa la razón de ser de la importancia de los intelectuales en el seno del movimiento. Su mirada crítica no sólo se dirigía a la política cultural del gobierno popular sino a su concepción y desenvolvimiento de la revolución.

### **Intelectuales y pueblo.**

La negativa de los intelectuales críticos de los años sesenta a considerarse únicamente como especialistas vino acompañada del impulso a convertir los saberes especializados en un patrimonio colectivo, pasible de difundirse a los legos y colocarlos en relación con la política. El encuentro entre “intelectual” y “pueblo” se dibujó de maneras disímiles entre las cuales jugaron un papel fundamental las ediciones nacionales y las revistas de divulgación, que daban forma concreta a través de la comunicación a la función social del intelectual.<sup>55</sup> Consecuente con este imaginario, Hernández Arregui dió conferencias en sindicatos y asociaciones gremiales, escribió en revistas de divulgación y conformó en 1964 el grupo “Cóndor” que tuvo como finalidad el constituirse en un centro ideológico de difusión de ideas revolucionarias y del socialismo nacional.<sup>56</sup>

Tomando la figura del intelectual orgánico de Antonio Gramsci, Hernández Arregui define el ideal-típico de la relación entre intelectual-pueblo como un “vínculo orgánico” en el que la misión del intelectual era la conversión del “sentimiento-pasión” del pueblo en “comprensión y saber”. El intelectual hablaba no sólo en nombre de los oprimidos o del “pueblo-nación” sino también en representación del sentido de la historia, y el interlocutor de ese tipo ideal de intelectual no era ya el grupo de pares sino el “pueblo” -o más específicamente el proletariado-, “encarnación auténtica” de la nación:<sup>57</sup> No es de extrañar entonces que su último libro *Peronismo y socialismo* (1973) -calificado por su propio autor como “texto de divulgación”- tuviese como destinatario

---

<sup>55</sup> GILMAN, Claudia. “La situación del escritor latinoamericano: la voluntad de politización” en AA.VV., *Cultura y política en los años 60*, p. 179.

<sup>56</sup> Consultar GALASSO, Norberto. Op. Cit, pp.143-147. Ver también GALASSO, Norberto. *Cooke: de Perón al Che. Una biografía política*, Buenos Aires, Ediciones Homo-Sapiens, 1997, pp. 161-163.

<sup>57</sup> HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José. *Nacionalismo y liberación*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986, p. 22.

principal al trabajador.<sup>58</sup> En su pensamiento el pueblo es el principal destinatario de los productos culturales pero asimismo es el artífice de la cultura auténtica.

En el arte verdadero late la comunidad de la cultura cuyo vigor abrevia en la tierra mucho más que en las grandes ciudades, simples laboratorios en donde se plasman, cuando más, a través de los grupos artísticos e intelectuales, las peculiaridades de esa cultura nacional. Una cultura nacional es aceptación común de esas creaciones populares. La cultura es la identificación emocional con estos valores colectivos, tanto con los tradicionales y fijos como con los correspondientes a una época. [...] la ligazón cultural, es por un lado, sentimental, pero sus categorías colectivas están estereotipadas y al mismo tiempo vivas en la memoria de las masas. El filósofo o el artista no hacen más que darle cuño objetivo a esa personalidad que desborda al individuo y lo envuelve con el poder modelador del grupo nacional. (HERNÁNDEZ ARREGUI, 1973B: 41)

El artista y el escritor no son pensados como la voz calificada del pueblo y son convertidos en instrumentos de la voluntad de cultura de la nación. La jerarquía se invierte y ya no son las élites ilustradas las que dan forma a la alta cultura a la que debe acceder el pueblo. Hernández Arregui incluso llega a más y les quita la capacidad a esas minorías la capacidad creadora transfiriéndosela al pueblo:

Los analfabetos no carecen de cultura. Más aún, ellos mismos, en tanto pueblo nacional, conservan las entrañables tradiciones del país, las costumbres heredadas, que son creaciones colectivas, la fidelidad al suelo, la expresividad auténtica del idioma que es el espíritu de la colectividad. Ese pueblo ha creado la cultura. Y es además su levadura. Sus creencias, su folklore, sus hábitos de pensamiento y sus modos de sentir, por un legado del pasado y no por un préstamo de moda, valen más que la gazmoñería cultural de las capas semiletradas. (HERNÁNDEZ ARREGUI, 1986: 180)

Consumada la deslegitimación de la creación cultural de las minorías ilustradas, Hernández Arregui evidencia en sus últimos años una actitud de menoscabo por la significación política de la práctica intelectual, que deriva en una posición

---

<sup>58</sup> Ver HERNANDEZ ARREGUI, Juan José. *Peronismo y socialismo*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 1973. En los últimos años de la vida del autor de *La formación de la conciencia nacional*, se evidencia en su concepción una actitud de menoscabo por la significación política de la práctica intelectual que derivó en una posición antiintelectualista -compartida por muchos pensadores y militantes a fines de los sesenta y principios de los setenta- que desdibujaba la especificidad de lo intelectual en el terreno de la acción política. Esa postura queda testimoniada en expresiones como la siguiente: “En cuanto a la función revolucionaria de los intelectuales, no le asigno mayor peso. Incorporados a las luchas de las masas son capaces de actos de abnegación y de grandeza. Pero, por sí mismos, aislados del pueblo, el oportunismo es su conducta habitual. Los intelectuales serán útiles cuando la Argentina se haya constituido en Nación.” HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José. “Cultura y liberación” en *Primera Plana*, N° 484, 9 de mayo de 1972, pp. 42-44.

antiintelectualista que desdibuja la especificidad de lo intelectual en el terreno de la acción política:

En cuanto a la función revolucionaria de los intelectuales, no le asigno mayor peso. Incorporados a las luchas de las masas son capaces de actos de abnegación y de grandeza. Pero, por sí mismos, aislados del pueblo, el oportunismo es su conducta habitual. Los intelectuales serán útiles cuando la Argentina se haya constituido en Nación. (HERNÁNDEZ ARREGUI, 1972: 42-44)

En su crítica a la intelectualidad escindida del pueblo subyace la denuncia de la incomprensión del intelectual de clase media al fenómeno del peronismo. Incomprensión de la que es partícipe la “intelligentzia” liberal pero igualmente la izquierda que en nombre de un proletariado platónico era incapaz de reconocer al proletariado real y sabía dimensionar la verdadera trascendencia del peronismo.<sup>59</sup> Resignificada desde las matrices ideológicas del antiimperialismo y el compromiso revolucionario con las masas proletarias, la misión del intelectual es especificada como una labor de militancia y de desafío a los poderes estatuidos. Militancia cuya matriz ejemplar era para Hernández Arregui el intelectual orgánico que se dirigía y se apoyaba en el pueblo peronista. Desafío que se traducía en una convocatoria a la rebelión de los estudiantes universitarios y de la intelectualidad joven no peronista contra sus viejos maestros, y contra un modelo y una praxis intelectuales que no permitían la consecución de un gobierno socialista y nacional.

### **A manera de cierre...**

Como ha señalado Flavia Fiorucci, las acciones del gobierno peronista tendientes a regular y legislar en materia cultural respondieron a un clima de época en el que es dable observar en el mundo occidental una expansión del Estado en áreas no intervenidas hasta ese momento.<sup>60</sup> El avance del estado en la gestión cultural había comenzado en los años treinta y fue un proceso que se articuló en paralelo a la institucionalización del campo intelectual. Es en el desarrollo de ese proceso que Perón llama a los intelectuales con dos tipos de interpelación. Uno muy fuerte y constante cual

---

<sup>59</sup> ALTAMIRANO, Carlos. “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio”, p. 116.

<sup>60</sup> Ver FIORUCCI, Flavia. “La administración cultural del peronismo...”, p. 4.

fue el de participación de los “expertos” en el proceso de modernización del Estado y las estructuras socio-económicas. La otra interpelación, intermitente, ambigua, apuntó al rol de los intelectuales como productores y agentes de circulación de valores y nociones comunes concernientes al ordenamiento social. La apelación de Perón a los intelectuales como “guías espirituales” comprende una historia con más giros, en la que ensayará disímiles maneras de acercarse y pensar el rol de los intelectuales en el tramado de su proyecto nacional: desde la invitación a todos los intelectuales -más allá de sus adscripciones ideológicas- a organizarse y el compromiso del Estado a otorgar los recursos necesarios para la consecución de una cultura nacional, hasta dirigirse a los intelectuales peronistas primero dándoles cierta autonomía de acción para pasar en un segundo momento a encuadrarlos en la labor de difundir su doctrina.

Claramente es en este último aspecto donde los conflictos se hicieron por demás evidentes. El llamamiento no tuvo respuestas unívocas y los intelectuales que adhirieron al movimiento se sintieron convocados por algunas y no todas las propuestas de Perón. El llamado a renovar las relaciones Estado-Cultura fue aceptado por aquellos asociados a las formaciones marxistas que a la sombra de la experiencia rusa pensaban en clave leninista la relación cultura y poder. También fue audible para los enrolados en la corriente del antiintelectualismo nacionalista que denunciaba el divorcio entre intelectuales y pueblo, que por aquellos años ganaba eco y espacios institucionales. No faltaron en las filas de la intelectualidad peronista las derivas producidas por las tensiones entre los intelectuales consagrados y los escritores de posición secundaria, que verán en el espacio estatal la vía para trascender a lo público.

Las contrariedades al interior del espacio intelectual peronista no son menores. De ello son ejemplo Leopoldo Marechal y Hernández Arregui. Uno poeta, el otro crítico, nadie duda que fueron representantes e intelectuales del peronismo. Existen entre ambos algunas coincidencias en la diagnosis del devenir intelectual en la Argentina como el mimetismo de la cultura y la incomunicación entre las élites creadoras y el pueblo. Ambos se pensaron como conciencias críticas de la sociedad en que vivían y además compartieron el mismo gesto de conformar organizaciones intelectuales que pretendieron orientar al movimiento (Marechal como integrante de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual durante el gobierno peronista, Hernández Arregui como uno de los fundadores del grupo *Cóndor* durante los años de proscripción). Sin embargo, los acercamientos llegan hasta aquí. Allí donde Marechal encuentra “vocaciones individuales”, “genios” o “minorías excepcionales”, Hernández Arregui

identifica categorías profesionales y un sector social que oscila entre la identificación con los que dominan y la solidaridad con los dominados, y lejos está de pensar al escritor como “un grado más alto y superior de espíritu”. El primero piensa al intelectual en un espacio moral, el segundo en un espacio sociológico. El poeta peronista habla a la eternidad del mundo de los valores trascendentes; Hernández Arregui a los contemporáneos. Marechal se lamentaba que en el mundo burgués contemporáneo no hubiese gestas heroicas en las que se pudiera inspirar el poeta, aunque al final de su vida descubre en Guevara la gesta de un nuevo héroe.<sup>61</sup> Hernández Arregui cree un deber intelectual llamar la atención sobre la gesta heroica de los sectores populares.

El ex-martinfierrista siempre creyó en la misión de las élites ilustradas en el terreno de la cultura y sostenido en esa creencia hizo una crítica temprana al peronismo en el poder y a las manifestaciones “populistas” de algunas de sus políticas culturales. Pero desde el principio respondió al pedido de su Conductor: compartió la división de esferas entre el hombre de acción y el de contemplación, pero fue predicador e intentó convencer por la persuasión que la “Comunidad Organizada” era el único camino posible para la nación. A pesar de su compromiso con muchos de los componentes del imaginario político nacionalista, el pensamiento de Marechal sobre la cultura y los escritores se explica mejor como una línea continuadora -al interior del espacio peronista- de muchas de las premisas de los intelectuales liberales de *Sur*, que opera en ese contexto como una formación dominante en las discusiones culturales del momento.<sup>62</sup> Marechal (tendríamos que estudiar quiénes más) está más cerca de Victoria Ocampo o Mallea que de Hernández Arregui o Cooke cuando hace una evaluación crítica de la tradición literaria, o piensa en los criterios de validez estética para pensar y jerarquizar las producciones culturales. Sin embargo, los años cuarenta a nivel de discusión de las figuras del intelectual fueron años de transición. En 1948 Sartre publica *¿Qué es la literatura?* donde arremete contra los preceptos bendianos y empiezan a ser publicados los cuadernos de la cárcel de Gramsci. En esos tiempos de cambio la “moral literaria” de *Sur* comenzará a revestir el carácter de residual. Tal vez no sea demasiado osado pensar que lo que hace pervivir al paradigma *Sur* en los cincuenta sea su

---

<sup>61</sup> Ver el poema dedicado al Che en MARECHAL, Leopoldo. *Obras completas. Tomo I: La poesía*, Buenos Aires, Editorial Perfil, 1998.

<sup>62</sup> Para una definición de los conceptos “formación”, “dominante”, “residual” y “emergente” consultar WILLIAMS, Raymond. Op. Cit., pp. 158-185.

antiperonismo y que, a contramano, sea el peronismo lo que le permite a Marechal ser rescatado en los sesenta.

Dijimos que Hernández Arregui estuvo lejos durante el gobierno peronista -y seguía estándolo en los sesenta- de pensar su cooperación a la revolución inconclusa como la de simple difusión de la doctrina justicialista. Para él faltaba aún en el peronismo una teoría revolucionaria y era esa la razón de ser de la importancia de los intelectuales en el seno del movimiento. Su mirada crítica se dirigió a la concepción del gobierno popular y el desenvolvimiento de la revolución. A contrapelo de Marechal, Hernández Arregui -si bien ligado al ideario de Forja- se implica con el pensamiento marxista y piensa el rol del intelectual desde una matriz revolucionaria -luego gramsciana-, concepción que en el debate cultural de la Argentina de los años cuarenta aún es una definición emergente, pero que en los sesenta se tornará un pensamiento dominante en gran parte de la intelectualidad latinoamericana. Señalamos recién que Marechal va a ser recuperado en los sesenta por su peronismo y también, claro está, por sus condiciones como escritor.<sup>63</sup> Lo llamativo es que en los ensayos de Hernández Arregui en los cuales intenta reconstruir una línea nacional de pensamiento y escritura, Marechal sólo es nombrado tres veces de manera somera y desvinculado de la tradición que al ensayista le interesa rescatar.<sup>64</sup>

Un día tendremos que hacer la historia de los silencios del peronismo...

---

<sup>63</sup> La recuperación de Marechal comienza tempranamente por el colectivo de la revista *El Escarabajo de Oro* pero el paso fundamental lo da *Primera Plana* cuando en 1965 le dedica la tapa de la publicación en ocasión de la aparición de la segunda novela del escritor.

<sup>64</sup> En *Imperialismo y cultura* lo incluye en una lista de escritores “ligados a los gustos de las clases superiores” que producen una “literatura equívoca de introspección”; en *La formación de la conciencia nacional* aparece entre los nombres pertenecientes al nacionalismo de derecha; por último, lo cita en *Nacionalismo y liberación* a propósito de las burlas sufridas por los intelectuales peronistas después del golpe de 1955, donde el poeta peronista es caracterizado como “novelista católico de sólidos méritos”.